

La Esfera

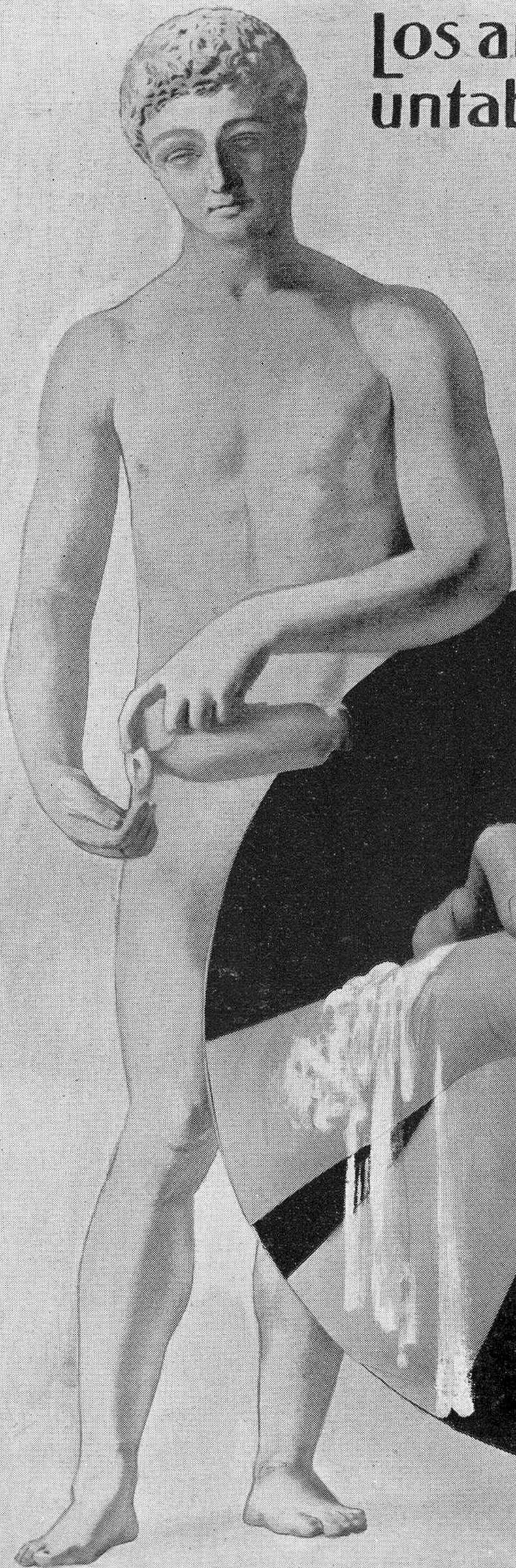
Año II * Núm. 74

Precio: 50 cénts.



Los antiguos atletas se
untaban la piel con aceite.

Los elegantes
modernos suavizan
la epidermis con
jabón
HENO de PRAVIA



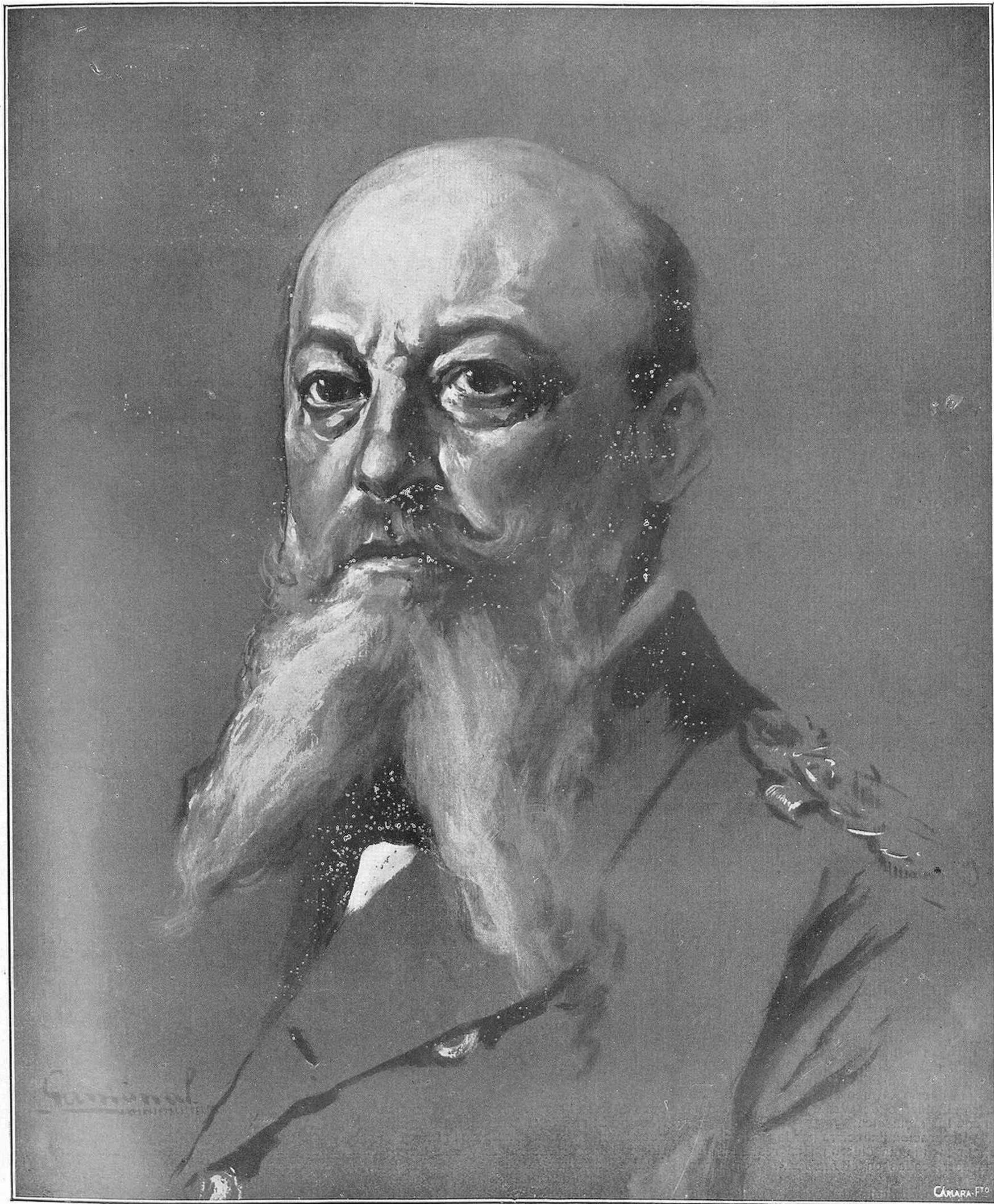
A. Ehrmann.

La Esfera

Año II.—Núm. 74

29 de Mayo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL ALMIRANTE VON TIRPITZ
Organizador de la Marina de guerra alemana

DIBUJO DE GAMONAL



CÁMARA FOTO

DE LA VIDA QUE PASA



Entierro de algunas de las víctimas del "Lusitania" en el Cementerio de Queenstown

FOT. HUGELMANN

EL DESPERTAR DE LA HUMANIDAD

Por primera vez, desde que empezó la guerra, los alemanes han tenido que expresar remordimiento por uno de sus actos. Ante la actitud del pueblo norteamericano, el Gobierno de Berlín ha declarado que: «aunque el hundimiento del *Lusitania* había sido deliberadamente preparado, la pérdida de vidas había acontecido por mala ejecución de las órdenes ó por un error de parte de un oficial del submarino alemán».

Así ha dicho uno de los miembros de la Embajada de Alemania en Washington. Ni por el fusilamiento de prisioneros, ni por las matanzas de pacíficos belgas, ni por la devastación del país belga, ni por el empleo de gases asfixiantes, ni por el envenenamiento de pozos en el Africa del Sudoeste, había dado Alemania ninguna clase de satisfacciones á la conciencia de nuestra común humanidad.

Pero al alzarse en grito unánime de indignación el pueblo de los Estados Unidos contra la muerte de los compatriotas que navegaban en el *Lusitania*, el Gobierno de Alemania se ha arrepentido de las manifestaciones de júbilo con que había acogido las primeras noticias del hundimiento del *Lusitania*, y, por primera vez, ha dado explicaciones, aunque todavía no puedan considerarse como satisfactorias las palabras copiadas.

Al publicarse estas cuartillas será ya conocida la respuesta de Berlín á la nota de Washington. La nota es contundente. En ella se dice que «el Gobierno norteamericano no dejará de emplear ningún recurso, diplomático ó no, para obtener sumisión (*compliance*)».

Es decir, el Gobierno de Washington pide al de Berlín que se someta á sus reclamaciones. Nunca se habrá hablado en palabras tan enérgicas al Imperio alemán. Y los puntos en los cuales el Gobierno de Washington exige sumisión con los siguientes:

1.º Reparación financiera por la sangre vertida, aunque ningún dinero pueda restaurar las vidas sacrificadas en el *Lusitania* y en otros barcos.

2.º Reconocimiento del derecho de los neutrales á viajar por los mares en barcos beligerantes ó neutrales.

3.º Garantía de que esos derechos serán respetados y de que no se volverá á atacar barcos mercantes que lleven ciudadanos pacíficos.

Y 4.º Declaración solemne de que no era in-

tención del Gobierno alemán destruir vidas inocentes, de que los comandantes de los submarinos alemanes han cumplido mal sus órdenes, con las pruebas de que así ha sido y con el resultado de que cese en absoluto la comisión de actos semejantes.

Medita el lector en la importancia de estas reclamaciones y comprenderá que equivalen á un «ultimatum» para que los submarinos alemanes cesen en sus ataques á los barcos mercantes. Si no cesaran, el Gobierno norteamericano queda comprometido en esta nota á obligar á los alemanes á entender sus razones por todos los recursos «diplomáticos ó no».

En otras palabras: ó el Gobierno alemán suspende la táctica de sus submarinos tal como la anunció al proclamar el bloqueo naval que empezó el 18 de Febrero, ó el Gobierno de Washington le declara la guerra, lo cual significa para Alemania el tener que habérselas con otra gran escuadra, con la nación más rica del mundo y con la que tiene más desarrolladas las industrias siderúrgicas, tan importantes en esta guerra.

Es verdad que los Estados Unidos carecen actualmente de ejército, pero no carecen de tradición militar, ni de los medios de crear un ejército. También carecían de ejército en la guerra antiesclavista, y sin embargo, constituye una de las guerras clásicas que se estudian con más afán en las Academias militares de todo el mundo.

Y ahora, una palabra de comentario. En esa nota, que es en realidad un «ultimatum» al que sólo falta la fijación de plazo, ha culminado el pacifismo del presidente Wilson.

Todavía á las pocas horas de saber la noticia del hundimiento del *Lusitania* declaraba en un discurso el presidente Wilson que: «cabe ser demasiado orgulloso para pelear.» Pero poco después añadía el Presidente, que al pronunciar esa frase no se refería al *Lusitania*. Lo probable es que el Wilson había concebido la frase con anterioridad á lo del *Lusitania* y que luego, en el calor del discurso, se le subió á los labios y no tuvo la fuerza de callársela.

Esa frase, en efecto, marcaba toda la política del Presidente hasta hace tres días. Es la frase representativa del pacifismo. El pacifista es un hombre que se envuelve, como en una capa, en el imperativo categórico y se figura que con cerrar los ojos á las realidades, ya se curarán éstas de sus impurezas.

Solo que el sentimiento del pueblo norteamericano se ha impuesto esta vez al pobre dogmatismo de su Presidente. El *World*, periódico que venía apoyando la actitud presidencial, ha visto clara la posición y la ha descrito en estas palabras:

«Estamos negociando con Alemania ahora como Inglaterra negociaba hace un año. Estamos debidamente avisados de sus propósitos. Conocemos sus métodos. Si cedemos, Alemania avanza. Si nos mantenemos firmes, Alemania cede. La substancia del prusianismo es la fuerza. Obediente á ella en su política interior, es la única cosa que la exterior respeta. El prusianismo cedió un poco ayer, y cederá mucho más si ve que tiene que afrontar á una nación que tiene tanta sangre y tanto hierro como él.»

Hace muchos meses que Alemania habría retrocedido en su camino de locura, si los neutrales hubieran protestado con la energía necesaria contra la violación sistemática de todas las Convenciones de La Haya.

Si el 1.º de Agosto el Presidente Wilson, como jefe del más poderoso de los países neutrales, hubiese amonestado á los beligerantes para amenazarles con su intervención armada en caso de violar las Convenciones de La Haya, si al mismo tiempo hubiese convocado á todos los Gobiernos de los países neutrales para secundar su actitud, y si ante la violación de la neutralidad de Bélgica el Gobierno de Washington hubiese comenzado á armar á sus ciudadanos y á preparar ejércitos, no estaríamos á la fecha, como estamos, amenazados de que toda la civilización humana perezca en la barbarie.

En vez de embozarse en su imperativo categórico, debió el Presidente Wilson haber enarbolado la santa lanza de nuestro señor Don Quijote.

Solo que nunca es tarde. Por mucho que trata de adormilarse en sueños pacifistas, la conciencia de nuestra común humanidad tantos golpes está recibiendo en el hundimiento sin aviso de barcos mercantes, en el fusilamiento de prisioneros y pacíficos, en el envenenamiento de pozos y en el empleo de gases asfixiantes, que, al cabo, no tendrán más remedio los neutrales que despertar y apercibirse á la defensa de las Convenciones de La Haya.

RAMIRO DE MAEZTU

Londres, Mayo 1915.

LOS CUADROS DE GÉNERO EN LA EXPOSICIÓN



"Floreale", cuadro de José Pinazo Martínez

No suelen distinguirse nuestros artistas por la riqueza imaginativa. Buscando unos el españolismo colorista más ó menos infuidos por Zuloaga, limitándose otros á reunir varias figuras en actitudes y composición de un retrato, procuran-

do los menos, simplemente, acordes cromáticos ó lo que Camille Mauclair exige al cuadro *le développement en arabasque d'une couleur*, es lo cierto que no abundan en esta Exposición, como no abundaban en las anteriores, los lienzos en que

además de la maestría técnica, se vea la riqueza imaginativa, la cultura, incluso la sensibilidad del pintor.

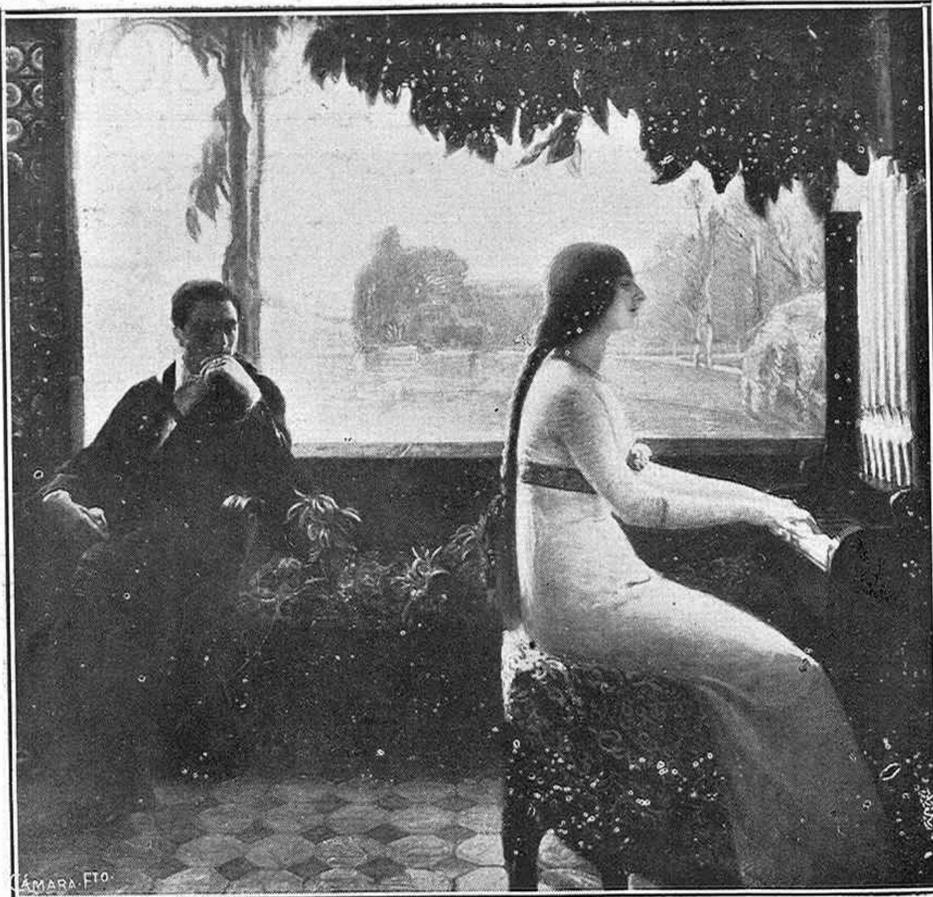
Esto es una decadencia ideológica, frente al renacimiento técnico. Los pintores españoles saben casi



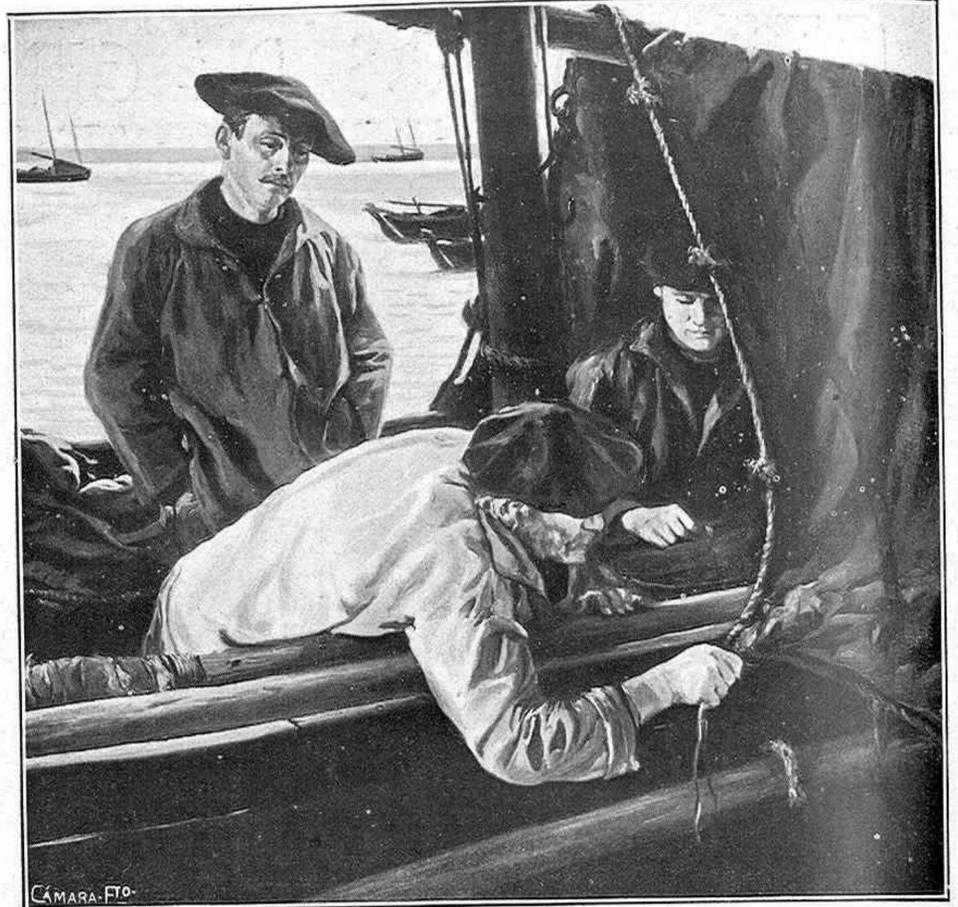
"Los seminaristas de Vich", cuadro de Julio Moisés



"Cazadores furtivos", cuadro de Adelardo Covarsi



"Preludio", cuadro de Leandro Oroz



"Unidos por el pensamiento", fragmento del tríptico de A. Alcalá Galiano

todos pintar bien; acaso podamos contar con los dedos de una mano los que además de pintar bien saben pensar y saben comprender la parte de intervención social que les corresponde en la evolución de su época.

Así se da el caso de que, á la manera de los empresarios zonzos, los faranduleros y los que hacen crítica de teatro como podían tocar la ocarina, se califica de literatura á aquellos cuadros donde adivinamos un espíritu rico en ideas, como se dice «teatro literario» al que no pueden hacer los más populares dramaturgos contemporáneos.

Claro es que esto tiene la ventaja de evitar aquellos lienzos enormes llamados «de medalla» y la otra ventaja de que desaparecieran los cuadros históricos, semejantes á los que infestan nuestro museo de Arte Moderno,

Claro también, que entre un buen retrato ó un excelente paisaje y un cuadro de asunto mediocre, la elección no es dudosa.

Por eso lo más interesante de esta Exposición son, en primer lugar, los retratos y los paisajes que pudiéramos llamar «puros» y en segundo lugar, los cuadros en que el asunto apenas tiene importancia por haberlo elegido el autor ya de antemano banal y baladí con el propósito únicamente de representar varios tipos característicos ó dar una emoción de paisaje.

ooo

Cuando se publiquen estos comentarios ya serán conocidos los premios. Cuando los escribimos todavía faltan algunos días para que sea pública la calificación. No creemos, sin embargo, disientan mucho nuestras preferencias de las del Jurado. Casi todos los cuadros reproducidos en LA ESFERA ó mencionados hoy, obtendrán primera, segunda y tercera medalla seguramente. Por lo menos nosotros los consideramos como los mejores, sin que la falta de espacio nos permita consagrarles toda la extensión que merecen.

Joaquín Mir, el admirable paisajista, el «enfermo de idealismo», autor de tantos cuadros bellísimos, nos ha sorprendido este año con cuatro obras dignas de su historia y de su temperamento. De los paisajes se hablará en el artículo correspondiente. De los cuadros de figura el más notable es el titulado *Las viejas de la Ermita*, pintado de un modo amplio y al mismo tiempo reconcentrado de alma, que causa imborrable emoción. No sólo me parece éste uno de los mejores cuadros de Mir, sino también uno de los mejores de la Exposición.

Como lo son, indiscutiblemente, los de los hermanos Zubiaurre. La personalidad romántica, la energía técnica de estos dos grandes artistas, se manifiesta más clara que nunca en los lienzos *Por las víctimas del mar*, de Valentín, y *Los remeros vencedores de Ondárroa*, de Ramón. Acusan, además, ambos lienzos la indudable diferencia de personalidades de los dos hermanos, aun dentro de la semejanza de procedimiento y de la elección de asuntos. *Los remeros de Ondárroa* es un cuadro bellamente decorativo y rebosante de luminosidad. *Por las víctimas del mar*, causa la sensación melancólica que el autor se propuso. Todo en este cuadro es de una fuerza representativa enorme. Esas figuras dolorosas, de un primitivismo ingenuo y resignado, son maravillosos intérpretes de la raza vasca, hija del mar y de los montes...

Floreál, de Pinazo Martínez, responde también á la orientación admirable del gran pintor valenciano.

Pinazo Martínez es, entre nuestros pintores, el que da siempre notas más armoniosas, exquisitas, más ajustadas al buen gusto y á la verdadera aris-

tocracia del color. Tal vez no sea *Floreál* su cuadro mejor. Tal vez le sobre un poco de brillantez, esta brillantez que da idea de esmaltes, de perfumes penetrantes, de zumos de frutos bajo el sol, de «matices demasiados barnizados». No importa, sin embargo; el conjunto es alegre y tiene un grato ritmo de vida y de belleza. Hay, además, aciertos rotundos, definitivos, como la figura de la niña. ¡Oh! En esto el arte de Pinazo alcanza cumbres inaccesibles para los demás pintores. Es el pintor de las carnes juveniles, de las telas ricas, de los cielos luminosos, de las joyas, de las flores, de los campos iluminados de primavera...

Ventura Alvarez Sala presenta un cuadro honrado, concienzudo, en el sentido un poco vulgarista de ambas calificaciones. Nos recuerda exposiciones pretéritas, incluso por el título de su obra, *El pan nuestro de cada día*, algo sensiblero. Sin embargo, dentro de la manera característica del notable pintor asturiano, ajustado á su paleta un poco sorda, el cuadro nos parece lo mejor que ha pintado. Claro que nunca para una primera medalla y menos en competencia con Joaquín Mir; pero hay aciertos aislados que contribuyen al conjunto, si no perfecto, por lo menos agradable.

Leandro Oroz presenta dos cuadros: *Preludio* y *Rosita*. Ambas obras, tan opuestas entre sí, acusan un gran temperamento de pintor, como antes ya sabíamos de él un gran temperamento de aguafuertista. *Rosita* es superior á *Preludio*, sin que esto indique otra inferioridad de la segunda obra que la relativa entre dos cuadros bellos de un mismo artista. *Preludio* es una nota plácida, suave, sutilmente evocadora y envuelta en una divina imprecisión de encanto; *Rosita* es un desnudo vigorosamente dibujado—Oroz es un formidable dibujante—y de una perfecta justeza de color. Acaso no haya en toda la sección de pintura otro desnudo más que *La Mirabella*, de Beltrán—tan diferente de técnica y de modelo—capaz de competir con este admirable de *Rosita*.

Francisco Marín Bagües expone dos cuadros: *Los comprometidos de Caspe* y *El Pan bendito*. Mucho más interesante y notable el primero. Hay un gran dominio del color y una correctísima seguridad de dibujo en *Los comprometidos*. Tiene cabezas de sobrio realismo y va de un tono á otro con una sabia relación de valores.

No puede pasar en silencio el nombre de Eugenio Hermoso. Pero sus cuadros no pueden tampoco merecernos el más pequeño elogio. Tratándose de él, naturalmente. A otro que



"Carmencita, la Gitanilla", cuadro de M. Villegas Brieva



"Intimidad", cuadro de Félix Mestres Borrrell



"Cristo de Casal-Dourado", cuadro de Carlos Sobrino Buhigas

no hubiese pintado *La Juma, la Rufa y sus amigas*, se le podría consentir *Para el manto de la Virgen* presentado ahora. A Eugenio Hermoso, tan admirable como artista y como técnico otras veces, no. En cambio, los dos retratos de muchacha son dos aciertos bastante notables.

Adelardo Covarsi, además de un retrato admirable titulado *El guarda del Coto*, expone otro cuadro bien compuesto, bien resuelto y muy grato de colorido: *Cazadores furtivos en la raya de Portugal*. Ratifica con él su historia brillante.

Sobrino Buhigas y Alfonso Castela dan dos aspectos distintos, pero ambos exactísimos y de una fuerza artística muy notable de la vida gallega, en *El Cristo de Casal-Dourado* y *Cuento de Ciegos* respectivamente.

El cuadro de Félix Mestres *Intimidad* es tal vez una de las obras más encantadoras de la Exposición, impregnada como está de elegancia, de ternura, de sutil idealismo.

Debemos citar también *Descansando* y *Comiendo en la lancha*, dos notas admirabilísimas y personalísimas del ilus-

tre Martínez Cubells. *Los seminaristas de Vich*, de Julio Moisés, el joven maestro autor de tantos retratos admirables, que ha logrado dar una nota justa y muy agradable de paisaje, en el que se recortan las figuras; *Adoración de los pastores*, de Julio del Val, muy dentro de la tradición pictórica del

asunto; *Las presidentas*, de Urquiola, muestra de pintura sincera y honrada, aunque un poco trivial de composición; *Dolor*, de Vázquez Díaz, que fué uno de los éxitos del último Salón de París; *Pleamar*, de Cecilio Plá; *La capilla de Osuna*, de Cruz Herrera; *La buenaventura*, de Cardona; *El niño arquero*, de Néstor; *Un día más*, de Medina Vera; *Unidos por el pensamiento*, de Alcalá Galiano; *Carmencita, la Gitanilla*, de Manuel Villegas Brieva; *La copla*, de Fernández Ardavín; *Ritmo y Armonía*, de Ramírez Montesiños, muy modernos y decorativos; *El Hogar*, de Víctor Moya; *Venus y Adonis*, de Tuset; *A la fiesta*, de Mongrell; *Vendedora de cacharros*, de Hurtado de Mendoza, y *Un consejo*, de Mauro Ortiz.

SILVIO LAGO



"Las presidentas", cuadro de Eduardo Urquiola



"Cuento de ciegos", tríptico de Alfonso R. Castela

LAS MAYAS



“Las Mayas”, cuadro de Joaquín Llovera, representando la fiesta de la Cruz de Mayo en el siglo XVIII

DESDE hace dos años ha resurgido la fiesta de las Mayas, desaparecida en el último tercio del pasado siglo. Las más bellas actrices, las más celebradas tonadilleras y danzarinas, junto con las garbosas menestralas, se envuelven en la clásica mantilla, y piden para los tuberculosos pobres. Ha sido una gentil idea ésta, de resucitar la castiza Cruz de Mayo.

Fué costumbre añeja y de origen obscuro la de plantar un álamo, con cintas y luminarias, en las plazuelas. Al pie del árbol, tomaba asiento la moza más bella, danzando el mocerío en torno suyo, con tal algazara y estrépito, que algunas veces fué objeto de admoniciones de la iglesia.

Era la Maya, según he dicho la doncella más linda del barrio, y la noche antes de la fiesta, los jóvenes engalanaban su puerta y sus rejas, con fresco ramos y rosas recién cortadas, y á la mañana, venían en su busca las otras mozas, con lo mejorcito del cofre, alegrando el barrio con sus panderas guarnecidas de cascabeles y con repiqueteo de castañuelas, al par de los zagales, con guitarras, que llegaban á *echarle coplas*, compuestas algunas con muy galano ingenio, por algún estudiantón sopista, á veinte cuartos la docena, con cuyo emolumento algunos ahuyentaban las hambres, hasta el día de misa-cantano. Después la colocaban en un taburete que llamaban *la silla de la reina*, ricamente adornado con brocados y como en andas la traían hasta la puerta de la calle. Enseguida las otras mozas la coronaban con rosas, que eran los atributos de su majestad, siendo la doncella la alegría del florido Mayo.

Y hasta bien entrada la noche, se tejían danzas y se entonaban ingénuos cantares, mientras las más castizas y donairosas, iban por las calles vecinas con *plattillos, bandejas y escudillas de fino pedernal*, poniendo cerco con sus zalame-rías á la bolsa de los viandantes.

Y más avaro que un sastre de portal, fuera el que no se rindiese ante la soberana belleza de la

Maya, resplandeciente en su sitial, «*con guardapiés de tisú, jubón rojo de veludillo con cuchilladas de raso blanco, trenzado el cabello con cuentas de perlas; al cuello, dobles sargas de corales, y arracadas colgantes hasta los hombros, sin contar las flores y las joyas que lucían en el pecho y, por complemento, chapines con varillas de plata ó zapato bordado, de alto tacón y punta encorvada*».

En Madrid, San Millán, la Morería y Puerta de Moros, tenían fama de presentar las Mayas más bellas y más lujosas.

Para hacer irrisión de esta fiesta primaveral, algunos *beocios* de la época, alquilaban á una vieja mendiga, la emborrachaban, poníanle una cadena de ristras de ajos y collares de cascarnes de huevo, y como pendientes, mondaduras de patata. En sus manos depositaban un enorme aventador, y de tan grotesca traza la obligaban á danzar entre antorchas encendidas, danzas que solían interrumpir á cintarazos los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que era la milicia más respetada en aquella época.

En tiempos de Felipe III, existían las Mayas. Del poeta Vargas es el siguiente romance que lo atestigua correctamente:

En prueba de que soy bella
sabed que he sido *la Maya*
debajo del alamillo
de la puerta segoviana,
que el rey Felipe tercero,
que tiene de galán fama,
que tiene de galán fama,
prendado de mi hermosura
arrojó el oro á mis plantas
y alargándome la mano,
que dos mundos avasalla,
me dió un beso en la mejilla,
hechizado de mi gracia,
diciéndome: Niña hermosa,
eres diosa de las *Mayas*,
perla rica de mi corte
y la reina de las hadas.
Bendito el florido Mayo
que tal dicha me guardaba
de ver *Maya*, que cual tú,
jamás se miró en España.

Durante el reinado del rey poeta, aún subsistía en todo su esplendor la fiesta. Don Dionisio Chaulie, el erudito madrileño y admirable prosador de quien tomo estos apuntes, hace mención de una causa que existió en el Archivo cartulario de Madrid, «*condenando á doscientos azotes y seis años de galeras, á Pedro Rendón, Juan Díaz y Antonio Pérez, por haber acometido con navajas á Petra Redondo, cuando hacia de Maya en el Prado de San Jerónimo, arrancándole las arracadas y un trozo de oreja*».

Dentro del Real Palacio se celebraba también la fiesta de las Mayas, á juzgar por una cuenta firmada por Josefa de Silva, *cosedora trágica* de doña Isabel de Borbón, en la que figuraba lo que sigue:

«Por un manto de oro y guarda-infante recamado, de Florencia, componerlo para la dama Azuedo y Santa Lanuce, que hicieron de *Mayas reales*, en el Palacio, el Mayo de este año...» La fecha del recibo es de 1622.

En el reinado de Carlos, el príncipe embrujado, se prohibió esta fiesta por *su olor á paganía*, asimismo como las funciones de teatro. Solamente las fiestas de toros merecían la venia real. La prohibición de las farándulas tal vez se debiese al rencor que doña Mariana de Austria guardaba hacia las comediantas, hacia las que tan aficionado fué el galán D. Felipe IV.

Á la fiesta de las Mayas sustituyó la de la *Cruz de Mayo*, que fué decayendo lentamente, siendo al remate holgorio de la canalla y de los pedigüeños.

Ahora revive esta fiesta de la primavera, tan castiza y tan pintoresca y las hermosas mujeres, al pedir para los enfermos, entre la espuma de sus mantillas, nos rememoran aquellas rosas chisperas que fueron famosas, por su donaire en las *Mayas* de San Millán, del Avaples y de la Morería...

E. CARRERE

MUJERES

Prólogo de una comedia de D. Gregorio Martínez Sierra

GABINETE elegante, adornado con riqueza y buen gusto. Piano, flores, libros por las mesas.—En las paredes grabados de cuadros buenos. Cortinas de muselina blanca en los balcones. Una almohadilla de encaje en una silla. Es por la tarde. **MARIA** (treinta años), viste sencilla y elegantemente de gris, traje corto como para viaje. Arregla sobre una mesa los frascos y cepillos de un neceser de viaje. **JUANA** (cincuenta años) arrodillada en el suelo, acaba de sujetar las correas de una maletita pequeña de cuero.

JUANA.—Ya está.

MARIA.—¿Todo?

JUA.—Todo.

M.—¿Ha vuelto Andrés de la estación?

JUA.—Sí, señora, señorita; ya están los baules facturados. Ahí he puesto el resguardo en el portamonedas; con los billetes; no los vaya a perder la señorita.

M.—No, los pongo aquí dentro del saco: ¡Ajaja! (Cierra el saco), ¿el llavero?

JUA.—Sí, señora. (Se levanta y entrega a María un llavero pequeño). Esta es la de la maleta y estas cuatro aplastadas las de los dos baules. (María engancha el llavero en la cadenera que lleva colgando de la cintura y esconde las llaves en el cinturón).

ANDRÉS.—(Apareciendo en la puerta). Señora.

M.—¿Qué hay?

AN.—La doncella nueva.

M.—Que pase. (Sale Juana).

JUA.—¿No quiere llevar la señorita la medalla de San Rafael, que es abogado de los caminantes?

M.—Sí, mujer, sí: trae. (Juana le da una medalla).

INGLESA.—(Desde la puerta). ¿Da la señora el permiso?

M.—Pase usted.

(Entra la doncella inglesa y Andrés con ella. Viene con traje corto y sombrero canotier.)

IN.—Madam.

M.—Ya sabe usted que nos marchamos á las seis y media.

IN.—Sí, madam.

M.—Aquí están el saquito y la maleta. Juana le dará á usted el portamantas. Cuide usted de todo, y esté usted lista para cuando la llame.

IN.—Descuide, sí, madam. Tengo el costumbre de viajar. Ya la señora que recomendó para mí habrá dicho á madam que he corrido casi el medio mundo á través mar y tierra.

M.—¿Es usted inglesa?

IN.—Irlandesa, madam, católica.

M.—¡Ah! ¿Cómo se llama usted?

IN.—¡Aoh, madam, María!

M.—Como yo.

IN.—Aoh, ¡madam! si la señora gusta puede llamarme por otro nombre, ya tengo el costumbre de cambiar: en la una casa me llamaban Doll, en la una otra Polly; como en España siempre hay en la casa una señorita que se llama María. Para no confundir...

M.—No, no, conserve usted su nombre... Por mí...

IN.—Como la señora guste, mas...

M.—Llévese usted esto. (La inglesa recoge el saquito y la maleta y sale). (A Juana). Tú sirve la merienda en cuanto vengan las señoritas.

JUA.—Sí, señora.

M.—¿Qué te pasa? ¿Estás triste? ¿Porque me voy de viaje como siempre?

JUA.—Como siempre no, señorita. Ahora la señorita se va sola..., en fin, si la señorita va contenta...

M.—Sí, Juana, sí, me voy contenta, muy contenta.

JUA.—Eso es lo principal.

M.—Y por la soledad no te apures. Ya me llevo á tu San Rafael, que es buena compañía.

JUA.—(Muy convencida). ¡Sí, señora!

M.—Y te llevaría á tí, si supieras siquiera pedir un vaso de agua en otra lengua que la tuya. Mira, si aprendes á decir buenos días en francés, en inglés y en italiano te prometo que al año que viene, ves mundo..., por más que ¿qué iba á decir tu Andrés, si le dejábamos viudo?

AN.—Señorita, por mí...

M.—(A Juana). Anda, anda. (Sale Juana). Andrés, que me cuidéis la casa.

AN.—Sí, señora, señorita.

M.—Que lleves bien las cuentas.

AN.—Sí, señora, señorita.

M.—Que no se me sequen los fiestos.

AN.—No, señora, señorita.

M.—Que entreguéis las limosnas, todos los meses, el día primero.

AN.—Sí, señora, señorita.

M.—Y que se digan las misas, por el señor, todos días 15.

AN.—Sí, señora, señorita. No faltaría más, señorita.

M.—Ah, y que no escribáis ni me enviéis las cartas como no pase algo. No quiero saber nada de nada. Yo pondré una postal, de cuando en cuando, para que sepáis donde estoy, pero no me escribáis.

AN.—Descuide la señora.

M.—Es decir... á no ser... que venga alguien... pero ¿quién va á venir? No vendrá nadie... En fin, si viene alguien... bueno, si viene alguien que no sea las visitas de siempre, me lo escribes, ¿eh?... pero enseguida.

AN.—Sí, señora, señorita; enseguida.

JUA.—(Desde la puerta). La señorita Carmen y la señorita Inés. (Entran Carmen, veintiocho años, vestida con chic y elegancia, pero modestamente, é Inés, muchachita de diez y nueve años, graciosa y bien vestida, muy viva y muy curiosa, pero muy inocente.)

M.—Adelante, adelante: creí que no veníais.

INÉS.—Pues, hijita, más puntualidad... Están dando las cinco.

CARMEN.—Y la cita, tu misteriosa cita, era á las cinco en punto, digo, me parece.

M.—Sí, sí, á las cinco en punto.

CAR.—Bueno, pero, ¿qué ocurre? ¿Para qué nos llamas? ¿Cuál es el misterio?

I.—Eso, eso ¿cuál es el misterio?

M.—Adivinad.

CAR.—En primer lugar, yo noto aquí algo raro... En la casa ó en tí, ¿qué es?

I.—¡Ah!, sí, que te has quitado el luto.

I.—¡Es verdad! ¡Estás guapísima!

CAR.—¡Y jovencísima! Te has quitado diez años de encima al quitarte las tocas de viuda.

M.—(Con alegría). ¿De veras?

I.—¡De veras!

CAR.—Palabra de honor.

I.—Y el moño bajo. ¡Si pareces otra!

CAR.—Es verdad. Te relucen los ojos, tienes mejor color. ¡Ay, Dios mío! ¿Hay moros en la costa? ¿Reincidimos?

M.—¡No, no es eso, no!

CAR.—¿Palabra?

M.—Palabra... ¡Nunca!

CAR.—Pues, explícate entonces.

JUA.—(Desde la puerta). La señorita Clara.

M.—Adelante, adelante.

(Entra Clara. Veinticinco años: bien vestida, con traje de calle, corto. Muy simpática, linda y de movimientos y ademanes decididos é independientes, pero sin exageración de mal gusto: trae una carterita con papeles, que deja sobre una silla al entrar.)

CLARA.—¿Llego la última?

M.—No. (Con cariño). Pero llegas tarde, como siempre.

CLA.—Hijas, el feminismo ha tenido la culpa. ¿Habéis merendado ya? ¿No? (Viendo entrar á Juana con una gran bandeja, con servicio de té, chocola'e, pasteles, emparedados, etc.) ¡Respiro! Tendría gracia que os hubiérais comido todas las cosas ricas mientras yo me estaba matando por defender vuestros derechos.

M.—¿Tú?

CLA.—Sí, yo. ¡Uf! Permitid que me quite el sombrero. (Se quita el sombrero y se sienta en una butaca).

CAR.—¿Pues, de donde vienes?

CLA.—¡De la sesión inaugural del Congreso feminista! En España ¿eh? ¡Congreso feminista! Los tiempos adelantan. (A María que sirve un



sandwich de foie gras). ¡Delicioso! (Comiendo). Me darás la receta.

M.—¿Para llevarla al Congreso?

CLA.—¿Por qué no? La cocina es uno de los grandes problemas del feminismo. Casi tan importante como el amor. (Las otras se ríen). ¡Sí, reid, reid! Casi tan importante, y además... permitid que os coloque un discursito que estoy preparando, y además (Con tono oratorio, pero en broma). ¡Ejém!, y además, ligado con él por una porción de vínculos..., sutiles. El régimen alimenticio influye poderosísimamente en el amor, y por lo tanto, en la felicidad doméstica. Han de saber ustedes (confidencialmente), señoras mías, que los hombres quieren muchísi-

BIBLIOTECA MADRID

mo más á su mujer, después de haber comido carne de cerdo.

TODAS.—¡Ja, ja, ja!
CLA.—¡Palabra: lo he leído en un libro muy serio: inglés por más señas. Sí, señoras, sí: carne de cerdo, trufas, mostaza y pepinillos en vinagre!

I.—(Con inocencia). ¿Será verdad?
CLA.—Por experiencia no lo sé, porque á pesar de mis veinticinco años, soy tan soltera como tú, pero estas dos señoras, respectivamente casada y viuda, te podrán responder.

CAR.—(Sonriendo). Puede.
M.—¡Bah!
JUA.—(Desde la puerta). La señorita Adela. (Entra Adela. Treinta y tres años. Aspecto de grandísima bondad. Vestida correctamente, pero sin coquetería ninguna. Es la más inocente de todas.)

ADELA.—(Adelantándose sin gran ceremonia de saludo, pero con gran cariño, como si entrase en su casa). Desde la escalera se os oye reír. Creí que no venía. Aquellos hijos míos son siete lobos y no me dejan salir de casa. Y al pequeño ahí lo traigo.

M.—¿Dónde está?
ADE.—En la cocina, con la niñera.
M.—Que lo entren.
ADE.—No, no: déjame descansar de maternidad siquiera un cuarto de hora. Para vosotras es la vida, que no tenéis críos. (Inés y Clara). No os caséis, hijas mías. Miraos en este espejo. Treinta y tres años y siete criaturas. ¿De qué os refáis antes?

M.—¿Tu marido come mucha carne de cerdo?
ADE.—¿Eh?
CLA.—¿Con trufas?
CAR.—¿Y mostaza?

I.—¿Y pepinillos en vinagre?
ADE.—(Sin enterarse del por qué de las preguntas). Sí, hijas, sí, come mucho de todo.
CLA.—¿Y bebe?

ADE.—Y bebe..., y fuma.
CLA.—¿Y hace mucho ejercicio?

ADE.—¡Sí, sí, ejercicio! Para ir desde el Banco á la Puerta del Sol toma el tranvía.

CLA.—Pues entonces, hija de mi vida, llora sobre tu sino. ¡Maternidad tienes para una temporada!
(Todas se ríen.)

ADE.—Ya os estais burlando de mí, como de costumbre. Os divierte mucho, ¿verdad?

CAR.—Pero si no es broma, es ciencia pura.

M.—¿Una taza de té?
ADE.—(Con espanto cómico). ¡No, por Dios!

M.—¿No te gusta?
ADE.—A morir: es el crío, que, si yo tomo té, se pone nervioso, y me da la gran noche.

TODAS.—¡Ja, ja, ja!
ADE.—Sí, sí: os podéis reír, vosotras que dormís á pierna suelta.

¡Señor!, con la pasión que yo he tenido por el sueño. Me acuerdo de soltera, que, si por rara casualidad, me despertaba á media noche, y oía dar las tres ó las cuatro, pensaba: ¡Qué alegría, las horas que aún me quedan de dormir! Y me hubiera gustado estar siquiera un rato despierta para gozar despacio el placer de ir volviendo á dormirme. Pues, ahora, oiga usted las tres, y las cuatro, y las cinco, y duerma usted siempre como las liebres, con un ojo abierto... Y así, doce añitos de matrimonio, reparados en siete crianzas. Dame chocolate.

(María le sirve una taza de chocolate.)
I.—¿Por qué no les pones ama á los chiquillos?

CLA.—Eso no: hace bien. A los hijos debe criarlos la madre. Con su sangre les ha dado la vida, con su sangre debe conservársela, para que sean suyos, sólo suyos, pedazos de su corazón, carne de su carne, hecha vida, sólo por ella, sólo para ella...

M.—¡Sí, que es verdad! (Con entusiasmo).
ADE.—¡Claro! Y además, que si no hubiera criado á los siete que tengo, á estas horas tendrí catorce.

M.—¡Calla, materialista, calla y come!
ADE.—Pues, tampoco lo hacéis mal vosotras, espíritus puros. Dame otro pastelito. ¿De qué son?

M.—(Dándole un pastel y disponiéndose ella á comer otro). De crema y hojaldre. ¡Riquísimos!

CLA.—Os advierto que la crema engorda, y que comiendo hojaldre salen arrugas.

M.—¿Ah, sí? (Deja el pastel precipitadamente).

CLA.—¡Ja, ja, ja! Ni que tuviera una víbora dentro.

I.—¿Tanto miedo te dan las arrugas?

M.—¿Miedo? Es poco. ¡Terror, pánico! Sí, hijas, sí, no lo puedo remediar. Treinta años he cumplido la semana pasada. ¡Treinta años ¿eh?, qué espanto! ¡Tener que envejecer! Y por fuera, por fuera, que es lo triste, mientras siente una dentro toda la juventud, toda la fuerza, toda el ansia de vida, de locura, como hace quince años ¿qué, como hace quince años?, ¡mucho más! Ya lo creo: á los treinta años es una mucho más joven que á los quince. (A Inés que se ríe). ¡Sí, sí, ríete tú porque tienes diez y ocho! El otro día me he estado entreteniendo en juntar todos los retratos míos que tengo. Aquí están (Coge un album de encima de un mueble. Todas la rodean para verlos). De año y medio... en brazos de mi madre... de mi madre, muchísimo más

joven que yo ahora... ¡Es posible que haya yo sido ese bebé, con ese ceño voluntarioso! ¿No os da miedo mirar á los chiquillos y pensar que han de ser hombres y mujeres? A los seis años, con el aro en la mano ¡qué monada! De primera Comunión: mi primera decepción de mujer. Al espejo, me encontraba yo tan guapa vestida de blanco, con esta coronita y este velo, y cuando ví el retrato ¡me parecí tan fea! A los quince ¡qué seriedad! ¿Véis ese libro que tengo en la mano? Pues, es una Gramática latina. Entonces estudiaba yo latín, y me volvía loca con el *musa musæ*... y no creía en las novelas, ni á los diez y nueve tampoco, ni á los veinte, cuando me casé ¡tapa, tapa! ¡Qué levita la suya y qué peinado el mío! ¡Qué cosa tan horrible es el pasado!

TODAS.—¡Ja, ja, ja!
M.—Y á lo que íbamos: en todos estos tiempos de... juventud, cuando me hice todos estos retratos, era mucho más vieja que ahora: más formal, más serena, más convencida de mi responsabilidad, más equilibrada ¡Dios mío! creía que el cumplir los deberes deja el alma completamente satisfecha, que la virtud lleva en sí misma su propia recompensa, que el sacrificio tiene mieles ocultas, que la abnegación es corona de gloria, que el vencer los instintos es fortaleza. Figuraos que, á los catorce años, si el postre me gustaba demasiado, no le comía, por eso, por vencerme: y que á los diez y ocho dormí en el suelo siete meses seguidos, por lo mismo, por lo mucho que me gustaba dormir en la cama...

I.—(Con grandísimo interés). ¿Y ahora?...
M.—Ahora... no sé, pero á medida que han ido pasando los años se han ido despertando en mí cosas nuevas, deseos, ansias, ¡vaya usted á saber! y sobre todo una infinita necesidad de alegría... ó de pena, que no estoy segura... en fin, de vida. ¡Chiquillas, las mujeres no vivimos!

CAR.—Puedes quejarte de la vida tú, que te has casado á los veinte años con un hombre riquísimo, que te adoraba, que has corrido medio mundo, que tienes y has tenido todo lo que se puede tener, que has visto todo lo que vale la pena de verse.

M.—Sí, sí: es verdad, lo he visto todo, he pasado por delante de todo, pero eso no es vivir, es ver la vida como una función de teatro, desde una platea...

CAR.—No eres tú nadie: desde una platea. ¡Hay quien la ve desde la última fila del gallinero!

M.—Es lo mismo.

CAR.—¡Qué ha de ser! Ya te daría yo un marido con cinco mil pesetas de sueldo, sin ascenso probable, y tener que arreglar los sombreros para dos temporadas, y que correr los saldos en busca de un retal baratito... y veranear en Pozuelo...

ADE.—¡Sí, pues quéjate tú que no tienes hijos!

CLA.—¡Ja, ja, ja!
CAR.—¿De qué te ríes?

CLA.—De que si os lamentáis vosotras ¿qué debiera hacer yo, que por no tener, no tengo ni siquiera marido?

M.—Tú eres la más feliz de todas.

CLA.—Es posible.

M.—Porque piensas, porque te mueves, porque trabajas.

CLA.—Más de lo que quisiera algunas veces. ¡Qué remedio! Al venir aquí, me ha pedido limosna en Recoletos una mujer con tanta cara de salud co-



BARJ-PZZI

mo yo: «Señorita, una limosna por amor de Dios, que no tengo quien me lo gane...» ¡Ni yo tampoco! Se quedó hecha una pieza cuando se lo dije: no lo habrá creído, como llevo sombrero de última moda. No sabe ella que para comprar estas plumas, he desgastado tantas de las otras escribiendo sobre los derechos de la mujer... mientras ella tomaba el sol en una esquina.

I.—Oye, y tú ¿te casarías?

CLA.—Si me enamorase como una loca, sí.

I.—¿Y si no?

CLA.—¡Si no, no!

CAR.—¿Aunque fuera con un hombre muy rico, que te quitase de trabajar?

CLA.—¡No, no!

I.—¿O con uno que te quisiera muchísimo, muchísimo?

CLA.—Menos: me figuro el tormento de tener al lado un cariño al que no puede una corresponder y que hay que agradecer encima. Además, que yo soy muy nerviosa... no puedo con los mimos... me crisan las caricias. Mi abuela, que me quiere á morir, la pobre señora, viene todas las noches cuando me acuesto á arreglarme la ropa de la cama, y me besa no sé cuántas veces, y me acaricia el pelo..., y yo tengo que agarrarme al embozo con las dos manos, y que morder la sábana por no tirarle algo ó decirle alguna impertinencia.

CAR.—¡Hija, pero un marido, no es una abuela!

CLA.—¡Quiá! ¡Debe ser muchísimo peor!

TODAS.—¡Ja, ja, ja!

I.—¡Niñas, que soy soltera!

CLA.—Figúrate que le suden las manos, ó que se dé cosmético en el pelo... Y yo, que duermo siempre atravesada. Debe ser irritante eso de repartir la cama con un hombre.

M.—Eso no... Yo soy bastante independiente, y bastante... nerviosa, como tú dices..., pues en ocho años de matrimonio, y sin locura... nunca me ha molestado la compañía. Es una suavidad especial ver á un hombre dormido á nuestro lado, con tanta paz, con tanta confianza..., como si fuera un niño. Y eso que mi marido tenía muchos más años que yo... pues á mi lado, así, siempre me pareció una criatura. Algunas veces, hasta me entraban ganas de llorar mirándole dormir, y le besaba muy despacio para no despertarle.

CLA.—Lo malo es que no siempre estaría dormido.

I.—¡Niñas, que soy soltera!

M.—¿Lo malo?... No, tampoco... ni malo ni bueno. Algunas veces sí, da un poco de rabia, que á ellos les entusiasme tanto lo que á una le hace tan poca gracia..., pero tampoco rabia contra él, sino contra una misma, por no poder ó no saber entusiasmarse como ellos...

I.—Ah, ¿de modo que á una no le hace tanta gracia?

M.—Niña, que eres soltera.

JUA.—(Desde la puerta). Con permiso. Señorita Adela: que la niñera dice que el niño está inquieto y que no le puede callar, que si le trae.

ADE.—¿No lo dije? Sí, claro: que le traiga. (Juana se va). Esto es un no vivir.

(Entra la niñera con el niño en brazos: niñera de casa burguesa bien acomodada, con delantal blanco y cofia.)

ADI.—Trae acá. Que poca maña tienes para callarlo. (Se dispone á darle de mamar).

NIÑERA.—Señorita, si no es poca maña: es que este niño en cuanto le parece que es su hora no se distrae con nada, y no sirve cantarle, ni pasearlo, ni nada, señorita.

ADE.—Bueno, márchate, que ya te llamaremos.

NIÑERA.—Sí, señorita. (Sale).

ADE.—Sí, hijo, sí; no desmientes la casta: tan tragón eres como tu padre.

(Mientras da de mamar al niño, las demás están de pie cerca de ella, mirándola con cariño y casi con respeto.)

I.—Porque quiere vivir, ¿verdad? Mírale qué rico (con embeleso) y qué ansioso. (Arrodillándose delante de él). Cuando acabe, me lo dejas un rato, ¿verdad?

ADE.—Hija de mi vida, todos los que quieras. (Inés se sienta en el suelo y mira al chiquillo con atención.)

CLA.—¡La verdad es que por un muñeco así, se podrían llevar con paciencia unas cuantas cosas!...

CAR.—A mí, me dan pena los chiquillos. (Con un poco de aspereza).

ADE.—Pena, ¿por qué?

CAR.—No sé... por nada... porque sí.

M.—Tienes razón: un niño es una cosa tan pequeña, tan frágil, tan desvalida: se puede hacer con él lo que se quiera, y todo lo tiene que sufrir sin defensa, en silencio...

ADE.—¿En silencio? ¡Ya se conoce que no tienes siete á domicilio! Ea, toma (da el niño a



Inés, que se levanta con él y lo pasea con embeleso), para que vayas aprendiendo.

CLA.—¿Tú nunca has deseado tener un hijo? (A María).

M.—(Un poco confusa). No.

I.—¿No te gustan los niños?

M.—¡Muchísimo! Tal vez demasiado. No puedo pasar junto á un chiquillo sin hacerle un mimo, al más feo, al más sucio que encuentro por la calle... Pero por lo mismo, me parece que un hijo es una cosa extraña, sobrenatural, que tiene que venir á la vida por milagro, por locura de amor, en un momento en que el padre y la madre sientan la necesidad imperiosa de fundirse para siempre, de eternizar en una vida nueva

la angustia de quererse... y como yo... en fin, como yo soy incapaz de esa locura..., no me he atrevido nunca á desearlo. ¡No, no, un hijo es demasiada bendición para lograrla en un momento de tedio resignado ó de placer vulgar! No es posible que se merezca esa corona de toda una vida por algo tan sencillo y tan indiferente como beberse un vaso de agua cuando se tiene sed.

ADE.—¡Pues no eres tú poco romántica! Los hijos nacen porque sí, y se les quiere porque se les quiere. Todo eso de locura y de consagración de la vida, música celestial, créeme á mí. Ya se conoce que tienes mucho tiempo de más para leer novelas.

M.—No son novelas.

CAR.—No son novelas, no. Yo también he sentido algunas veces ese ansia de algo que no muera con uno, porque yo... no soy fría, y quiero á mi marido (con tristeza) puede que más de lo que él se merezca, y en más de una ocasión, he clamado al cielo pidiéndole el hijo... lo que es que luego me he alegrado mucho de que el cielo no me haya hecho caso..., porque la vida está tan cara... y la verdad, yo hecha una cursi ¡bueno! ¡Pero hijos míos con los zapatos rotos, no lo permita Dios!

M.—¡Mujer! Con los zapatos rotos...

CAR.—O con medias sueltas... En fin, con necesidad disimulada, y vestida de lujo ¡No sabes la envidia que te tengo!

M.—¿Envidia... á mí?

CAR.—Sí, pero no te asustes, que no es de la mala. No quisiera quitarte nada de lo que tienes, pero daría por tenerlo yo también... ¡qué sé yo!

Tú, hace tantos años que saliste de esta angustia constante de la clase media, que ya no puedes ni darte cuenta de lo que es... ¡Esos cinco duros que siempre faltan!... ¡Esos cinco días últimos de mes, que siempre sobran! Cuando vengo á tu casa, me parece que entro en un oasis. Me olvido de todo... Aquí, no hay apuros: aquí, estas golosinas tan caras, parecen la cosa más natural del mundo; aquí, se enciende lumbre en la chimenea hasta el mes de Mayo, y se da una el gusto de ver arder la leña con el balcón abierto; aquí, están las flores por los rincones, como si no costase más que el trabajo de salir á cogerlas al campo. ¡Ay, chiquilla! ¿Te acuerdas en el colegio, cuando no nos gustaba leer novelas más que de gente rica y aristocrática, que lo pasaba bien? Pues, estar en tu casa me hace el mismo efecto: una novela de gente bien que no quisiera una que se acabase nunca. Aquí me pasaría la vida.

M.—(Abrazándola). ¡Qué buena eres!

I.—(Que sigue paseando al chiquillo). Se ha dormido. (A Adela). ¿Me lo llevo?

ADE.—Sí, sí; que lo echen por ahí en cualquier parte.

CLA.—Bueno niña: os advierto que en este silloncito se está muy bien, pero yo voy á tener que dejaros la sombra en prenda, porque todas vosotras tendréis muchas penas, pero ninguna tenéis que pensar en que las trufas ó los garbanzos salgan de vuestra industria. El hombre es un tirano, pero suele tener la agradable costumbre de mantener á su víctima, mejor ó peor. Y yo, para pagar al casero, tengo que terminar antes de fin de mes la traducción de una novelita que da dentera de puro empalagosa (A María). De modo que si tienes algo que decirnos...

M.—Es verdad: somos unas cotorras en estando juntas. Pues sí, señoras mías. Atención: me he permitido reunir las á ustedes..., pero, ¿dónde está Inés?

I.—(Que entra corriendo). Aquí, aquí...

M.—Me he permitido reunirlos para comunicarnos una resolución transcendental. Me he quitado el luto, y con él me despido de mi vida de mujer burguesa. ¡Fuera prejuicios y preocupaciones! Dentro de media hora tomo el tren, y já vivir como un hombre!

ADE.—¡Como un hombre!

CAR.—Pero ¿á dónde vas?

M.—No lo sé. Hasta la frontera he tomado el billete. Después, el mundo es mío. Iré á París, á Italia, á Londres, á Berlín, á Grecia, á Tierra Santa... no sé...

CAR.—Pero si todo eso ya lo has visto.

M.—Pero ahora lo veré por mi cuenta, completamente, hasta donde me guste, hasta donde me canse, sin tener siempre al lado la mano de un marido un poco viejo y demasiado razonable

que me aparte la copa de los labios por miedo á que me dé dolor de cabeza ¿Queréis creer, chiquillas, que yo, que tengo lo que llama la gente sangre torera, siempre he visto los toros desde un palco? ¡Y quiero ver los toros y la vida, desde la barrera! ¡Para eso tengo un alma tan libre y tan humana como el alma del hombre más hombre!

ADE.—Pero tú estás loca.

M.—No lo sé: eso quiero saber, y lo sabré viéndolo. ¿Qué habrá dentro de esta inquietud, de esta ansiedad, de este llamamiento angustioso? Los hombres viven, los hombres saben, porque son egoístas y van siempre por donde les parece. Nosotras siempre tenemos miedo, al dar un paso, de ofender á alguien, de entristecer á alguien. A mí algunas veces, me da por cantar, por dar gritos, por correr como loca, y cuando me he cansado de hacer ruido, me entra una llorina!... ¡Y me deja un descanso tan completo llorar por nada! Ya veis que simpleza: pues mi marido se asustaba de eso, le daban miedo las exaltaciones, se empeñaba en pensar que me faltaba algo y en echarse la culpa, y por no entristecerle ni cantando ni llorando, algunos días me faltaba poco para estallar de tensión nerviosa, y tenía que meterme en la cama y fingir una jaqueca horrible para quedarme á obscuras y llorar á mi gusto con la cara metida en las almohadas.

ADE.—¡Respira, hija, respira!

CAR.—Haces bien.

CLA.—No sé si haces bien, pero tienes derecho á hacerlo.

M.—¿Verdad?

I.—¿Y quién va contigo?

M.—Una doncella inglesa, que ha viajado mucho, y entiende de equipajes y de estaciones; con eso no tendré que ocuparme de nada.

ADE.—(Con burla cariñosa) ¡Lástima que no tengas aquí á Lorenzo Peña!

CAR.—¡Ja, ja, ja! ¡Es verdad!

M.—(Inmutándose un poco) ¿Por qué?

ADE.—Porque sería un compañero de viaje magnífico... A él le daba también, si mal no recuerdo, por todo eso de la libertad, y la vida completa. No, y un loco hace ciento, porque á mí no me digas, que la mitad lo menos de esos arranques tuyos, te los ha metido él en la cabeza.

M.—¡Bah!

CAR.—¿Y dónde está?

M.—No sé: desde que se marchó, hace casi cuatro años, no sé de él.

I.—Yo le he oído decir á mi padre que se había casado en Méjico.

M.—Es posible..., ya digo que no sé.

CAR.—Oye, y entre nosotras, ya que estamos en vena de confidencias, ¿qué fué lo que pasó en realidad? Digo, si á tí no te disgusta...

M.—¡A mí! ¿Por qué? No pasó nada. Que yo le quería muchísimo, que, por lo visto, le traté demasiado bien, y que él, tomando el rábano por las hojas confundió mi amistad con otra cosa. Que me lo dijo, y que yo, como soy una mujer honrada, y (sonriendo) antes morir que faltar ni tanto así á mi marido, le mandé á paseo con cajas destempladas, y él, después de hacer unas cuantas simplezas para molestarme, tomó el tren, y si te he visto no me acuerdo ¡Requiescat in pace!

CLA.—¡Dios le haya perdonado!

M.—Ea, pues despedíos de mí, que ha llegado la hora.

ADE.—Mujer, bajaremos á la estación.

I.—Eso es, sí sí, y te haremos una despedida entusiasta al arrancar el tren.

M.—No, no. Me marcho sola: vosotras os quedais aquí.

CAR.—Pero, ¿por qué?

M.—Por nada, porque sí, por figurarme, al pasar esa puerta, que rompo con todo lo que me une á mi vida pasada. Adiós, chiquillas... (abrazándolas). ¡Adiós, adiós, adiós! Si paso por París os enviaré sombreros á todas.

ADE.—A mí no vayas á mandarme alguna extravagancia.

M.—No, madre de familia, descuida: una capota negra. ¡A vivir! Ahora cantaré cuando quiera, lloraré cuando me dé la gana, suspiraré si me parece bien, oyendo tocar á los tziganos los vales más cursis, no me acostaré en toda la noche si no tengo sueño, beberé champagne sin temor á decir tonterías ni á ponerme romántica, no tendré que marcharme del baile cuando empiece á estar más divertido, bailaré hasta rendirme aunque me den palpitations, dejaré que me hablen de amor, y me reiré como una loca, sin que nadie tenga derecho á ofenderse, sabré lo

que hay detrás de todas esas luces y esas flores y ese ruido, que siempre he visto desde fuera, sí sí, tendré mi sitio entre la gente que goza y que se ríe, y no tendré el tormento de ver que la alegría está siempre sentada en la mesa de enfrente! Ea, un beso: otro abrazo.

CLA.—Cuidadito con el amor, que suele echarlo todo á perder...

M.—No hay miedo. ¿Amor á mí? Soy un marmolillo. (Desde la puerta). ¡Juana, Juana, el sombrero, el abrigo! Acordaos de mí.

CLA.—Tú de nosotras, si te queda tiempo.

I.—¿Escribirás?

M.—No pienso. Ya os citaré á la vuelta dentro de... un par de años, para contaros mis impresiones. (Juana entra con el sombrero y el abrigo.—María se los pone sin dejar de hablar). Que vengais por aquí, que os reunáis de cuando en cuando, como si yo estuviera, Juana tiene ya órdenes, para merendar en recuerdo mío... os consiento que murmuréis de mí y que me llaméis loca, desequilibrada y romántica. (Mirando al reloj). ¡Uy, las seis y veinte! Me quedan diez minutos. A ver si pierdo el tren... ¡tendría gracia llegar tarde la primera vez en mi vida que voy donde me da la realísima gana!

(Besos, abrazos.—Sale. Las demás salen detrás de ella y se oye un momento en la antecámara: Adios, adios, que te diviertas. buen viaje..., etcétera... Vuelven á entrar Inés, Carmen, Adela y Clara y se dirigen al balcón.)

CLA.—¡Al balcón, al balcón!

I.—Sí, sí, á decirle adiós.

(Adioses desde el balcón. Puede oirse la bocina del automóvil que se lleva á María.)

ADE.—(Volviendo al salón). ¡Ya se fué!

CAR.—¡Qué contenta va!

I.—¡Ya lo creo!

CLA.—Con todos sus aires de mujer rebelde, es una criatura de tres años.

ADE.—En fin, si se divierte...

CLA.—Bien ganado lo tiene, porque hay que confesar que el difunto señor de Losada era bastante aburrido el pobre.

CAR.—Y bastante chinche... ¡Qué solos le tiene dados á la infeliz con aquel condenado juego de damas!...

ADE.—Pero la quería de veras: ya ves, le ha dejado toda la fortuna, y sin ponerle ninguna condición.

I.—No faltaba otra cosa. Ella se portó con él como una santa.

CAR.—Y á pesar de muchísimos pesares; porque aunque ella no lo confiese, naturalmente, me parece á mí que el tal Lorenzo Peña la llegó á interesar más de lo necesario.

ADE.—Y que él, naturalmente, si lo conoció, apretaría el cerco, porque los hombres ¡á la que estamos!

CLA.—Es más buena que el pan.

I.—¡Y más lista!

CAR.—De todo se hace cargo.

ADE.—Pero un poco chiflada sí que está.

CLA.—No: es que tiene mucha imaginación, y

á fuerza de dar vueltas, como no tiene que pensar más que en sí misma...

ADE.—Sí, le habrían hecho falta media docena de hijos.

CLA.—Ni eso... con haberse tenido que ganar la vida... Puede que hubiera sido una gran artista, porque talento ¡ya lo creo! de sobra. Lo que le echó á perder la vida fué casarse tan joven con un hombre tan rico.

(Dentro se oye la voz de un hombre que habla con Juana.)

LORENZO.—¿De viaje?

JUA.—¡Sí, señor, sí!

LO.—Pero... ¿volverá pronto?

JUA.—No, señor..., es decir, no lo sé: ahí están las amigas de la señorita... si el señorito quiere pasar, puede que las señoritas le puedan decir algo...

CLA.—¿Qué?

CAR.—¿Quién habla?

ADE.—¿Quién es?

LO.—(Apareciendo en la puerta). Buenas tardes, señoras.

ADE.—¡Angela María, Lorenzo!

I.—¡Lorenzo Peña!

CAR.—¡Jesús, á buena hora!

CLA.—Esto es lo que se llama llegar á tiempo.

ADE.—Pero ¿de dónde sale usted, hombre de Dios?

CAR.—¡Hombre, siquiera diez minutos antes!

LO.—(Asombradísimo ante la actitud de ellas). Señoras mías... la verdad... no comprendo...

TODAS.—(Cada una por su lado, sentándose cada una en un rincón, sin mirarle ni responderle). ¡Ja, ja, ja, ja!

TELÓN

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



PORTADA DE LA IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA, DE ARANDA DE DUERO (BURGOS)

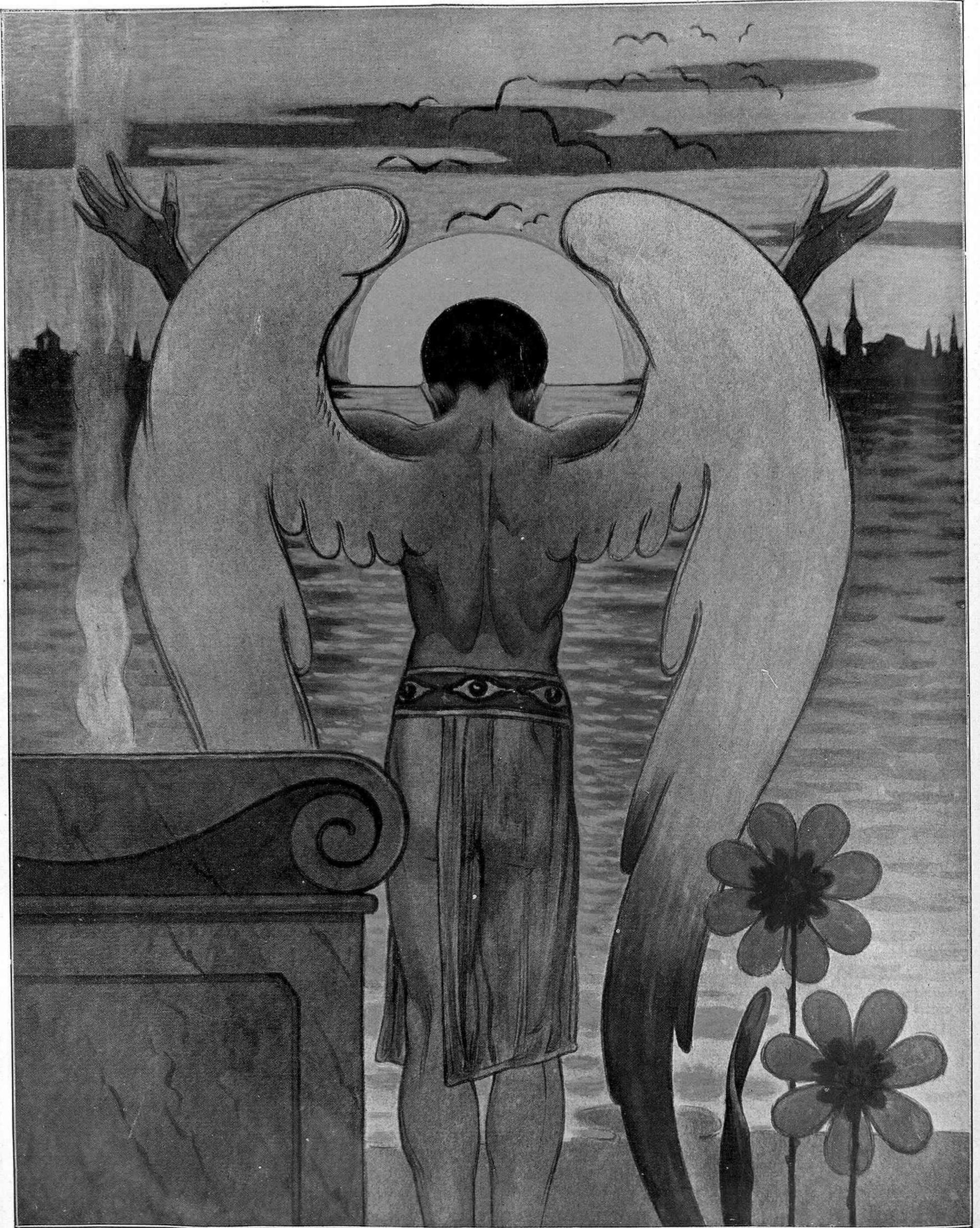
En este templo celebróse en 1473, á instancias del arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo de Albornoz, un importantísimo Concilio en el cual el referido prelado pretendió acrecentar el partido de Isabel I. Por la apariencia de este templo, puede deducirse que su edificación data del siglo XIV. Actualmente su estado es ruinoso en su mayor parte

FOT. VADILLO

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

LA ESFERA

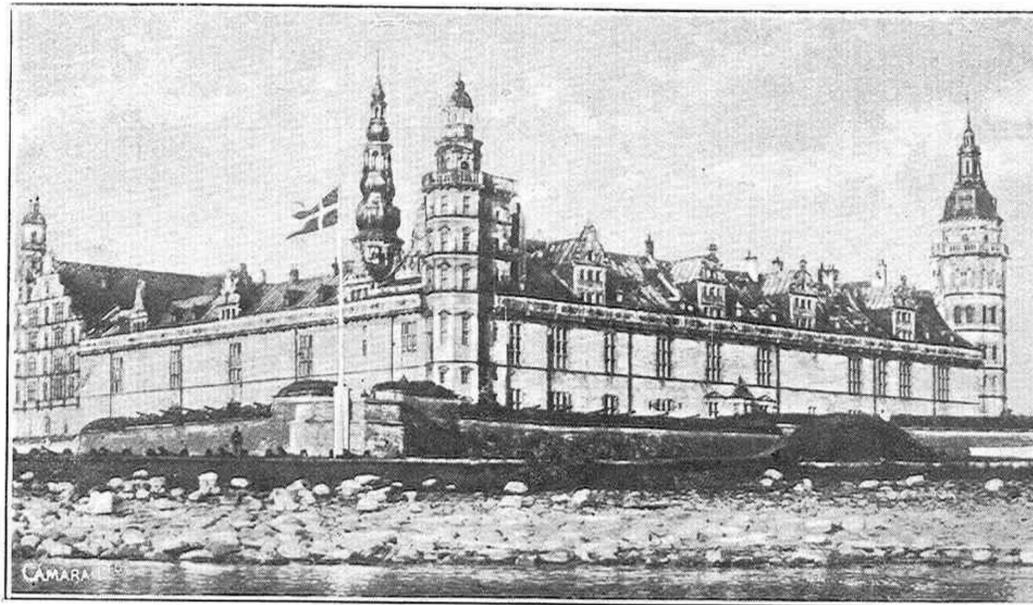
PÁGINAS ARTÍSTICAS



EL ANGELUS, dibujo de Miguel Hevia



VIAJANDO POR DINAMARCA



EL CASTILLO DE HAMLET

CUANDO se viaja por Dinamarca y se visita en Helsingør el histórico castillo de Kronborg nos sentimos poseídos de la emoción extraña que causa ver levantarse ante nosotros el espectro de un sér querido; porque esa antigua morada real, convertida hoy en fortaleza, es el poético castillo de Elseneur, donde Shakespeare colocó la acción de su mejor tragedia: es el castillo de Hamlet.

Este castillo es también lugar de otras tragedias vivas. Andersen nos ha hecho conocer esa guardia montada por Holger Danske, en el fondo de las casamatas del castillo de Kronborg. En él se deslizaron los culpables amores de la reina Carolina Matilde, con el favorito del inepto Cristian IV, y tuvo lugar la tragedia de su alma cuando los cortesanos arrancaron al rey en el festín la orden de muerte para el favorito y de prisión para la soberana. Se enseñan las habitaciones que le sirvieran de cárcel, y parece que ese lugar tiene una fatalidad misteriosa para los enamorados.

Pero lo que obsesiona sobre todo es la evocación de Hamlet. Nos ofende el ir y venir de visitantes y las voces vulgares de los soldados que cruzan los grandes patios; y nos refugiamos á soñar en la Flagbatterie. ¡Soñar entre una soberbia batería de cañones enfilados hacia el mar! Se necesita toda la emoción que el Hamlet ha despertado en nosotros para reconocer en este lugar «La Terraza del castillo de Elseneur», donde el poeta inglés coloca la escena más emocionante de su drama.

Jamás decoración ninguna logrará dar ese efecto. Es imposible describir el paisaje: la luz de ese cielo del Norte azul oscuro, ardiente, intenso, que no se parece á ningún otro cielo; la ligera brisa que hace temblar las banderas y riza las aguas blancas del Sund; y allá, á lo lejos, las fronterizas costas de Suecia, con sus enormes rocas de granito y sus selvas verdes, que parece que caminan y han de cruzar el brazo del Sund para llegar hasta el castillo, porque las hileras de pinos parece que caminan, siempre, desde que las hemos cruzado en ferrocarril.

El castillo se alza rodeado de murallas y de fosos, erizado de cañones, en medio de rocas y de cantos rodados, en un paisaje agreste y selvático, á la orilla misma del agua. Su gran mole parece una ciudadela. Cuatro grandes torreones flanquean los ángulos, y en medio se ve un confuso conjunto de torrecillas, tejados, frontones

á piñón, tapias almenadas y la alta torre del campanil, alerta y avizor sobre el peligro del mar.

Su belleza grandiosa, desigual, es digna de la gran tragedia. ¿Por qué no se podrá visitar este castillo de noche? Ofenden á nuestro sentimiento las imposiciones del horario, la promiscuidad de los turistas y esa indiferencia del centinela que pasea arma al brazo, con su paso medurado y uniforme. Porque esta terraza es el lugar donde aparece, ante los ojos del desventurado príncipe de tragedia, el espectro de su padre pidiéndole justicia. A esta terraza llegaron los saltimbanquis, que compusieron su aterradora farsa; en ella, paseando frente al mar, entre la serenidad de los cielos y de las aguas sufrió Hamlet la lucha gigante, titánica entre sus sentimientos y el sacerdocio de su venganza. Hamlet es un dios de la venganza, hermoso y terrible. El es su primera víctima; sacrifica á su propia madre, inmola á la pálida y débil Ofelia, la dulce niña que murió cantando. Ofelia amó á Hamlet porque lo admiró. Nadie como Shakespeare sabe dar la sensación de los amores nobles. Los hombres de Shakespeare aman porque compadecen; las mujeres, por que admiran.

La fuerza creadora del bardo inglés es tan poderosa que en estos lugares, teatro de la acción del drama, los personajes toman carne y realidad. Se cree haberlos conocido en otra edad distinta, haber estado aquí, y volver de nuevo á encontrarlos. La capilla del castillo es la que acogió al pie del Crucifijo al infame padraastro, hipócrita y aterrorizado. En aquel salón rojo se sentaría la madre criminal; esos tapices debían ocultar el espionaje y el veneno; los traidores se deslizarían tras esas puertas, á lo largo de esos pasillos sombríos. Todo toma cuerpo y realidad. ¿Engendran estos edificios el crimen, la pasión y la locura? Un escabel colocado cerca de un sillón nos hace pensar en Ofelia sentada á los pies de su príncipe, contemplando enajenada y silenciosa el piadoso rostro justiciero, amando sin saber que amaba.

Se hace claro el lenguaje torturado de Hamlet, se comprende toda la grandeza de su sacerdocio de vengador; él, como los orientales, como los árabes, como los corsos se sabe vengar. La venganza y los celos son las dos pasiones que han dado vida á todas las grandes tragedias. Son pasiones amorales pero grandes, humanas, bellas, cuando las sienten los sanos, los fuertes, los justos. En Kronborg, en plena naturaleza, se

siente el dominio de la pasión, se comprende la voluptuosidad de morir, la concentración del pensamiento ante la inmensidad de las cosas, el revolverse desesperado de la impotencia en la pasión activa y dolorosa. Se ve la encarnación de Hamlet con su traje negro. El traje negro de Hamlet es un complemento con el que ha contado la exquisita sensibilidad de Shakespeare para el ritmo de su obra; no lo reconoceríamos con otro traje, su semblante grave y reposado se afeminaría con el traje blanco y el gran Hamlet, nuestro Hamlet, perdería su intensidad. Vestido de negro, silencioso y lento se aparece en Kronborg. La única imagen que se confunde con la suya es la de Shakespeare. Hay una estatua del poeta en los salones del castillo y lo creemos un retrato del héroe; también el poeta vestía traje negro, el mismo traje negro de Hamlet, el traje negro del vengador. Se piensa si él encarnó en el príncipe y la pasión de Hamlet es su propia pasión.

La existencia del poeta y de su héroe se discuten igualmente. En vano, cerca de Londres, nos muestran el encantado pueblecito en que nació Shakespeare y nos enseñan sus recuerdos; en vano la historia danesa nos dice que Hamlet fué hijo del desventurado rey Horwendill, asesinado por Feugó, que se casó con su viuda; el análisis de los sabios nos quiere robar esta fe humana y deshacer la creencia de que pueden existir seres tan superiores. Yo cerraré los ojos al análisis. Para mí existirán siempre y con la misma emoción con que vi la cuna de Shakespeare me incliné ante una pirámide de piedras que me señalaron en el camino de Kronborg á Marienlyst, donde la gente del país, señaló, por tradición, la sepultura de Hamlet.

Yo he dejado sobre esa sepultura una piedra más, una piedra piadosa como una oración; del mismo modo que veía dejarlas en mi niñez á los campesinos de Almería, que guardan ese rito pagano de echar piedras sobre las sepulturas que, abandonadas al lado de los caminos, parecen solicitar una plegaria.

Crean que de este modo reposa el espíritu que vaga cerca de los cuerpos que no reposan en lugar sagrado. Para mí el espíritu de Hamlet tiene aquí una existencia real. Shakespeare debió hallarle durante su viaje á Dinamarca y escuchar la historia de sus desventuras una noche de luna en la terraza del castillo de Kronborg.

CARMEN DE BURGOS

ATENEAS DE
BIBLIOTECA
MARIENLYST



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, cuadro de Ventura Álvarez Sala

AT. N.º DE
BIBLIOTECA
MADRID

DE NORTE A SUR

La nueva "Canzone di Garibaldi"

Vedle. Este hombre pequeño, y cuya frente, sin embargo, toca idealmente las nubes á donde no pueden llegar las águilas; este hombre del aspecto vulgar y que no obstante ha inspirado las «afrodisíacas demencias»; este hombre vestido con un sencillo traje de americana, y que, á pesar de ello, se envuelve en invisibles terciopelos y encajes y centellea de joyas como el «más bello felino del siglo xvi...»

La corona de laurel, el cetro para señalar rutas á la multitud, la lira para inmortalizar heroísmos, de José Carducci, permanecían inaccesibles, como las armas simbólicas de Roldán...

Y de súbito este hombrecillo menudo, del cráneo mondo, bajo el cual arden todas las grandezas imaginables, de la voz feble, ha puesto en sus sienes la corona carduciana, y con el carduciano cetro señala á Italia la nueva ruta de heroísmo, á cuyo final aguardan, como en los lejanos Olímpicos, las Victorias de las blancas vestiduras y los corazones palpitantes de ansiedad.

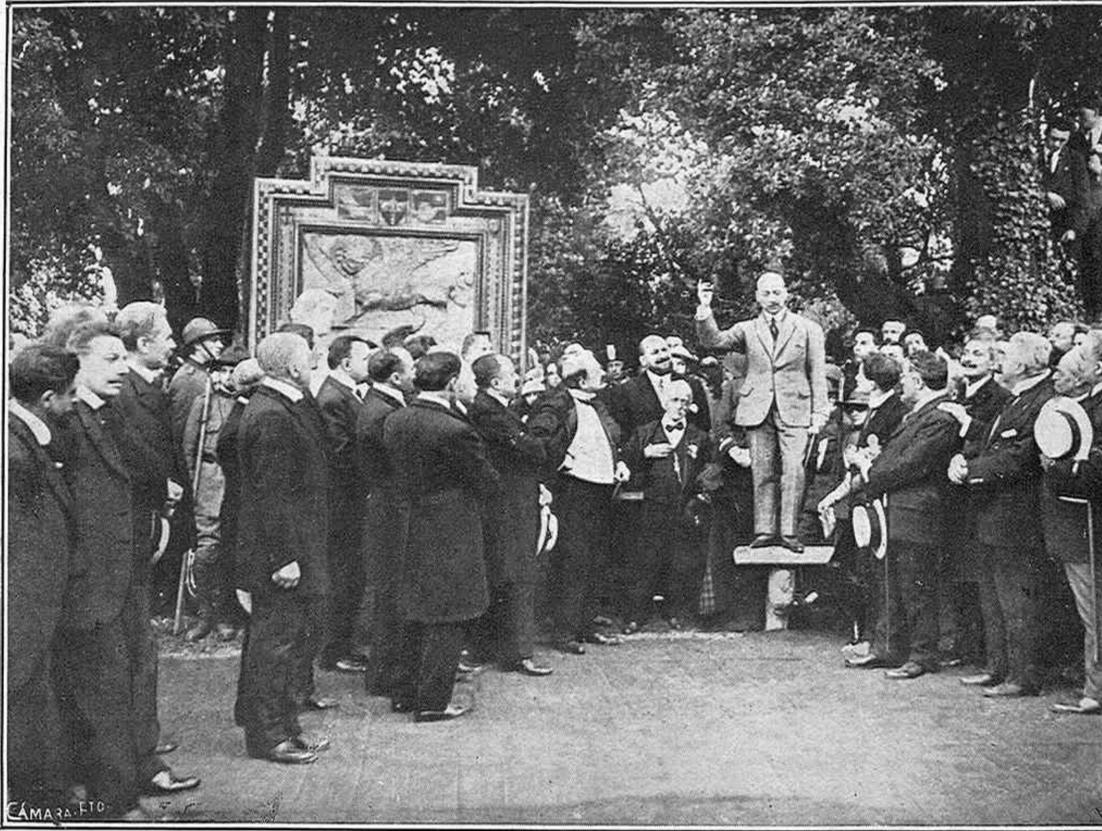
No Italia, sino Europa, la Europa capaz de cambiar todas las fuerzas y todos los poderes por un momento de enseñanza, ha encontrado su poeta.

La voz de Gabriel D'Annunzio no sonó únicamente en la fiesta de los Mil. —«¡Los Mil! La luz se ha hecho en nosotros. El verbo es deslumbrador, la palabra fulgura». —Ha vibrado aquí, en España, la España noble que ama á sus hermanos los latinos, no la otra vilmente engañada por los que cobran el crimen de extraviar su opinión. Ha volado también, como los acordes de un himno guerrero, sobre los bellos campos de Flandes, donde lucha el mundo futuro de libertad, de amor, de pacífico bienestar, con el otro de la civilizada barbarie, de la supremacía guerrera, de la cultura científica puestas al servicio de la muerte.

Fijáos bien. No es el poeta de las refinadas decadencias de *El Fuego*, de las *Virgenes de las Rocas*, de *El Placer*, quien habla. Es el otro de *La nave*, de *Laudi del cielo*, de *del mare*, de *della terra e degli eroi*, quien canta. Es, sobre todo, el autor de aquella *Canzone di Garibaldi*, de 1901, quien, después de catorce años, grita á los vientos su exaltación heroica, como un sembrador para las futuras cosechas de paz; como un lanzador de águilas que después serán palomas...

Por encima del odio á la guerra ha saltado nuestro amor á la libertad. ¡Oh! Ahora sí que deben empuñarse las armas y debe buscarse la muerte disfrazada de gloria y debe oponerse el hierro al hierro enemigo. Porque es un poeta quien lo pide; porque no es un guerrero quien lo manda. Los poetas son elegidos de los dioses; los guerreros se imponen á los hombres que tienen almas de esclavos. El poeta engrandece á su patria en el universal amor á todas las demás; el guerrero la empequeñece con su vergonzoso egoísmo de personales triunfos.

Cuando un guerrero os mande que abandonéis los campos, los libros, los laboratorios, las fábricas, debéis matar á ese guerrero, porque



El gran poeta Gabriel D'Annunzio pronunciando uno de sus admirables discursos intervencionistas

sólo quiere arrasar vuestros campos, atrofiar vuestras inteligencias, destruir vuestros laboratorios y cerrar para siempre vuestros talleres. Cuando un poeta os lo suplique debéis obedecerle, porque después de obedecerle será más próspera vuestra agricultura, más florecientes vuestra literatura y vuestro arte, habrá menos secretos para la ciencia y será todopoderosa vuestra industria. Detrás del guerrero esperan los grilletos, las ergástulas y la miseria; como aureola custodia al poeta la libertad encendida de bien...

Todo esto hay en las palabras del más grande de los poetas del siglo xx. Nunca en nuestro siglo se ha desbordado en más florida invasión vernal ó en más fecunda alegría, de empavesadas naves entre los dos azules inmensos, el alma de un hombre como ahora.

Hasta el fondo de las trincheras húmedas y podridas de muertos llegó la voz maravillosa. Bajo sus cascos y detrás de sus escudos de las orgullosas águilas bicéfalas habrán temblado los hombres del Norte.

Porque Italia, empujada por su poeta, no será Marte como es el alma de Francia, no será Mer-

Las botas viejas

Y ahora un aspecto que sería grotesco si no fuera terrible.

Los periódicos hablan de muertos, de heridos, de batallas, de cañones, de ametralladoras, de gases mefíticos, de zeppelines, de submarinos, de trincheras, de contratistas que se enriquecen con la guerra y de condecoraciones y recompensas á los generales...

Pero no hablan de las agonías ignoradas de los soldados anónimos, callan las amargas de los huérfanos.

No hablan tampoco de la tragedia terrible de las botas que se rompen...

No, no sonriamos. Es más grave de lo que parece este aspecto de las botas de los combatientes.

Elas les facilitan los caminos, lo mismo los que suben á la gloria que los que descienden hasta la muerte.

¿No habéis visto nunca qué carácter de horrible desesperación, de irremediable miseria tienen esas botas viejas abandonadas en medio de la calle con las suelas desprendidas y desclavadas por delante como una boca que bosteza de hambre y aulla de color?

Son tan viejas, están de tal modo destrozadas que nadie las quiere, ni aun esos hombres que luego las revenden falsamente arregladas en el Rastro.

Pues bien: suponed unas botas de esas, que además están manchadas de sangre, que pisaron un pecho humano en los estertores de la agonía, que pasaron sobre las cenizas humeantes de un templo ó de una granja que resbalaron sobre la masa encefálica de un soldado que antes de esta guerra tal vez compuso poemas...

Tienen algo más temible que su propia miseria. La ignominia hacia la que llevaron á los hombres. Nadie las cogería en medio de un camino.

Y sin embargo, dos soldados ingleses—del atildado, pulcro y archielegante ejército británico—se ven en la precisión de elegir las menos destrozadas entre un montón de las consideradas como inservibles, sin pensar en las futuras marchas que destrozarán las servibles.



Soldados ingleses eligiendo botas entre un montón de ellas desechadas por inservibles

JOSÉ FRANCÉS

LA GUITARRA ANDALUZA



El amor es como el aire,
que unas veces acaricia,
ótras arranca los árboles.

Pajarillo de mis bosques,
¿quién pudiera confiarte
los secretos de mi pecho;
para que tú los llevases?

Ya ves si te quiero bien
y no te olvido jamás,
que por estar bien contigo,
con todos me porto mal.

Aire y tierra, mar y fuego,
en que te olvide se empeñan,
mas te querré por encima
de aire y fuego, mar y tierra.

No temas que dé al olvido
palabras y juramentos,
que mi pecho es de diamante
y mi palabra de acero.

No temas que te abandone,
ni que te olvide presumas,
¡que te quiero con el alma,
y el alma no muere nunca!

Desde que voy para viejo,
canto sin cantar á nadie;
¡á las flores sin perfume
se parecen mis cantares!

Creció aquella siempreviva
en el fondo del barranco,
como ha crecido en mi pecho
este cariño olvidado.

Húmedo está mi pañuelo
de tanto llorar por tí,
y al mirarte me sonrío
como si fuese feliz.

No mido noches ni días,
cuándo el sol sale ó se pone;
¡cuando estás cerca, es mi día!
¡cuando estás lejos, mi noche!

Hay algo que nos acerca,
hay algo que nos atrae,
¡lo que piensas adivino,
aunque lo que pienses calles!

Niña que se pone triste,
que le reza á San Antonio,
que no deja los balcones...
¡está rabiando por novio!

Me voy á hacer ermitaño,
y quiero fundar mi ermita
frente á frente á los balcones
de la casa donde habitas.

Llevando su lazarillo
pasan los ciegos la vida,
pero los ciegos del alma
no tienen quien los dirija.

Que al amor le pongan alas
es cosa muy natural,
pues vuela de pecho en pecho
y nunca quieto se está.

Guardo dentro de mi pecho
todo un nido de palomas,
que se cambian en suspiros
para posarse en tu boca.

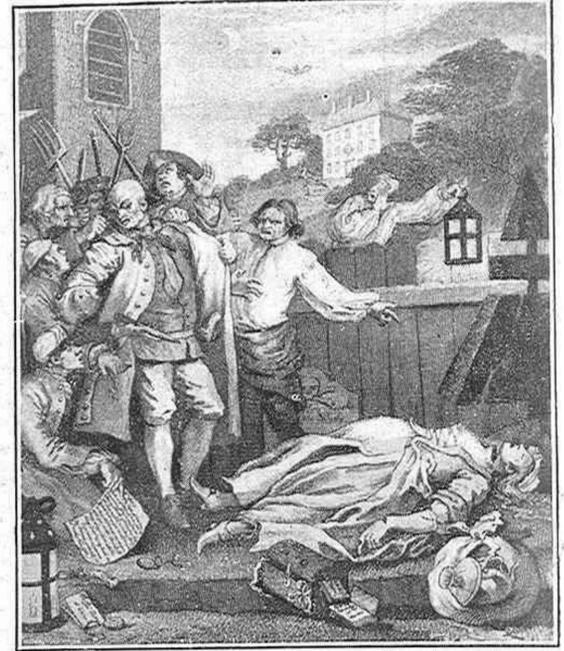
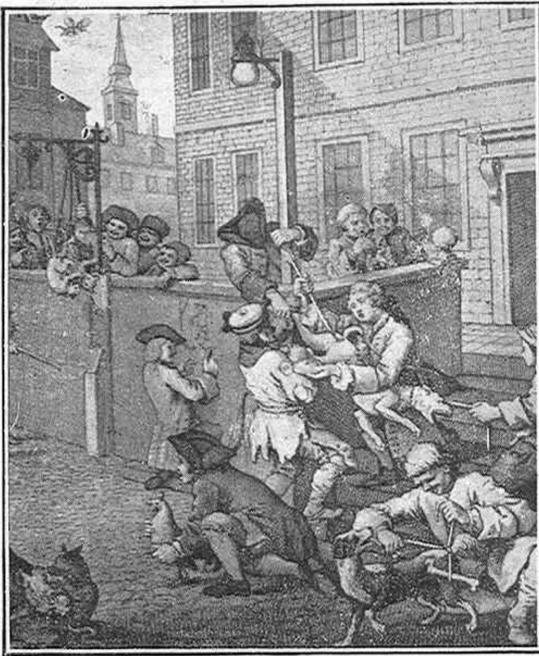
Las flores de mis jardines,
á tus ojos se asemejan;
¡mis flores vierten rocío;
¡tus ojos derraman perlas!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

DISEÑO DE ECHEA



DE OTROS TIEMPOS  LA EXPIACION DE LA CRUELDAD



Primera, segunda y tercera etapas de la crueldad

Hé aquí cuatro estampas saífricas: son grabados al aguafuerte por Guillermo Hogarth á principios del siglo XVIII, para ilustrar una poesía moral inglesa. Titúlense *La Crueldad*, y confieso que días atrás, cuando dí con ellas, causáronme no poca impresión y sugirieronme no pocas meditaciones. Están representadas en cuatro solamente las etapas que la dureza de corazón hace recorrer al hombre impulsivo y mal educado. En la primera, se ve varios chiquillos y varios mozalbetes poniéndole maza á un perro, é hinchando otro al clásico modo que Cervantes cuenta en el Prólogo de la Segunda parte del Ingenioso hidalgo: tarea no muy fácil, según dice el loco protagonista del chascarrillo. Al mismo tiempo, se ve á dos mozos con la espada en la diestra y un gallo en los brazos, dispuestos á echarlos á reñir: *el deporte enemigo* de la bondad de corazón, le llama el poeta inglés. Son los primeros síntomas de la majeza.

En la segunda aguafuerte se ve á los mismos, ya hombres, apaleando bestias indefensas.

En la tercera, esta guapeza se extiende á otro ser que, en no pocas ocasiones, es la bestia de más indefensión: la mujer. Yace víctima suya.

En la última, su título *La expiación de la crueldad* parece impropio. El lector que la considere atentamente, creará hallarse ante la pintura de una horrible escena inquisitorial ó de los últimos tiempos del paganismo, cuando en nombre de los dioses se hacía con los primeros cristianos las mismas y aun peores carnicerías, que más tarde se atribuyeron á los defensores del único Dios. Parece que un verdugo está vaciándole un ojo, mientras otro le taladra un pie, otro le anda revolviendo el mesenterio en el abdomen, abierto como de dos cuchilladas. La propia cara en una expresión trágico-ridícula de queja y de sufrimiento, no se sabría decir si mueve á compasión, á horror ó á risa. Como expiación de la crueldad, sería más cruel que el propio delito. Pero no hay tal. Ni tortura, ni ejecutores de bajas justicias. Se trata de una lección de anatomía. El artista, atenuando con su humorismo el mal gusto de su Musa, ha puesto detalles fantásticos y graciosos: ved el corazón al extremo de un intestino que parece un pedazo de burlete, y un perro olfateándolo, como si el anfiteatro anatómico fuese el lugar más adecuado para estar *el mejor amigo del hombre...*—si diese dinero, como decía no sé quien—. El cadáver que sirve para la disección es el de un ahorcado, según puede colegirse por la soga, tan ceñida, que el cuello parece una percha sosteniendo una cabeza.

Seguramente habrá causado esto no poca extrañeza á muchos lectores. No sólo hay para extrañarse, sino para meditar. En aquella época, como si el ajusticiado no hubiera pagado bastante su culpa con la vida, se le

utilizaba para la necropsia. Ahora lo toman bajo su amparo los Hermanos de la Paz y Caridad, y considerándolo bastante sopapeado por las manos de escribas, alguaciles y verdugo, le dan cristiana y tranquila sepultura. Ahora también la necropsia se practica en infelices que murieron en los Hospitales, por muy honrados y sufridos que fueran en vida, con este absurdo régimen social; ¿cuáles usos eran más piadosos, entregar á la Ciencia los cadáveres de los reos ejecutados, ó los cadáveres de personas que por ser infelices en todo no tuvieron parientes ni amigos que los reclamasen?...

Esta costumbre de utilizar el cadáver de los reos no sé de qué tiempo vendrá en los distintos países. Ni sería este el lugar para hacer su historia, ni fuera yo el más indicado para extractarla. En Francia data del reinado de Luis XI, y si recuerdo su origen es por curioso é interesante. Hasta entonces no había nacido el arte de extraer la piedra de la vegiga del hombre por el procedimiento llamado talla. Los médicos pidieron al Rey que les concediera la persona de un franco-arquero condenado á muerte y que padecía de mal de piedra, para ensayar la posibilidad

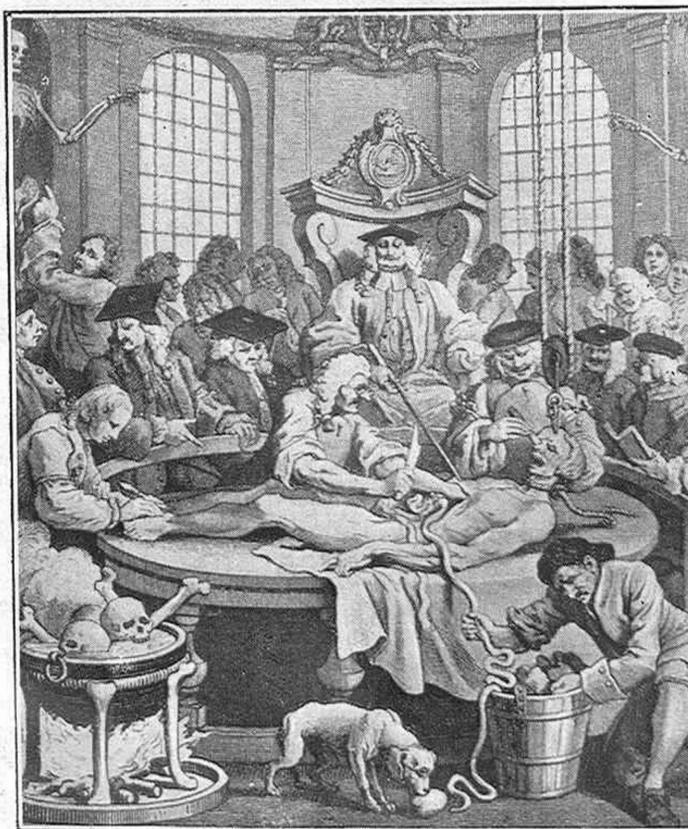
de extraérsela por medio de una operación quirúrgica, sin que costase la vida al paciente, «operación—decían en su solicitud al monarca—que no puede legítimamente intentarse más que con un hombre condenado á la última pena». Es decir, con un hombre que hubiese de morir de todos modos. En aquellos tiempos se tenía por un sacrilegio el servirse para una experiencia anatómica de un cadáver humano, prejuicio que duró en Francia hasta después del Rey Sol, y no sólo se consideraba un sacrilegio, sino que estaba terminantemente prohibido por las leyes; para ello se utilizaba animales, particularmente monos y, en más abundancia, perros y cerdos. ¿Quién sabe si Hogarth, en la estampa motivo de estos comentarios, no quiso simbolizar humorísticamente el desquite de la raza canina!...

Luis XI accedió á la demanda de los doctores, con la condición de que el reo consintiese en dejarse operar, y hasta para predisponerle de modo favorable á la operación, le prometió su real gracia y una buena suma de dinero, en el caso de que sobreviviese á la experiencia. El reo no dudó apenas. Dejóse operar... Ha de advertirse que la operación era arriesgada por la falta de costumbre en los operadores, pues entonces los que padecían aquel mal se morían por no haber quien se atreviese á operarles, igualmente que á las víctimas de una hernia estrangulada ó de heridas profundas en el abdomen, resistencia á la cirugía que hacía á aquellas dolencias como á estas lesiones mortales de necesidad. Otro peligro, mayor aun si cabe que la muerte, tenía la talla: lo doloroso de la operación por no haberse descubierto aún los anestésicos.

Riesgos, torturas y dolores sufrió con paciencia el franco-arquero, y extraída felizmente la piedra, curó, y como fué una de las pocas veces que Luis XI cumplió su palabra, recobró la libertad y murió de edad avanzada, no mal acomodado, y después de muchos años de salud á carta cabal. ¡Sorpresas y burlas que juega el Destino á los hombres! ¿Quién hubiese podido creer que un delito había de devolver la salud y la libertad y dar dinero encima al culpable!... Sin embargo, esa es la inmoral moraleja de la anécdota.

Por entonces se concedió á la Facultad de Medicina de París el privilegio de exigir *de la justicia del lugar un hombre vivo y un hombre muerto*; el primero, siempre que consintiese en dejarse operar; el segundo, para la necropsia. Por esto Hogarth representó el cadáver despanzurrado de un reo en una lección anatómica. Antes, la necropsia era la expiación de la crueldad.

Hoy, diga lo que quiera la Ciencia, es la expiación de la insignificancia y de la pobreza; de la falta de un amor...



Cuarta etapa de la crueldad. Aguafuertes de Guillermo Hogarth (1697-1764)

E. GONZÁLEZ FIOLE

LA GUERRA EN ORIENTE



UNA CALLE DE JERUSALÉN DURANTE LA SEMANA DE MOVILIZACIÓN DEL EJÉRCITO TURCO EN PALESTINA

DIBUJO DE FELIPE DADD

AVENIDA DE MADRID
ECLÉPTICA
MADRID

CAMARA FOT.

CUENTOS ESPAÑOLES
LA PIEDRA DE SÍSIFO



Es un regalo del maestro, de Jacinto Benavente; me lo dió anoche al felicitar me por mi éxito—dijo el poeta, mientras chupaba con sibirfíca fruición el largo *caruncho*. Luego, con la mirada, buscó donde esparcir la ceniza.

—No te canses, Juan, no tenemos cenicero—exclamó su mujer con la voz doliente de las resignaciones.

—Todo se andará, todo llega—repuso el poeta—. ¡Todo llega! Con esta frase me dió la enhorabuena anoche Fernando Montero, que tiene cincuenta años, muchísimo talento y aún no ha conseguido estrenar. ¡Ya ves! ¡Montero es un pensador, un filósofo!

Siguió fumando. El aromoso habano que negreaba entre sus labios era como un contrasentido, como un anacronismo, en aquel pobre comedor de piso de ocho duros. Sobre el mantel, lleno de remiendos y zurcidos, entre la vajilla, dispareja y desportillada, aparecían las manchas violáceas y pardas de vinazo y de café. En las paredes, unos dibujos al lápiz y al carbón— muñecos disparatados que trazaron los hijos del poeta— interrumpían la candidez dudosa del desconchado estuco.

La mujer miraba á su marido con una mirada profunda y húmeda, de admiración inconsciente

y de amor infinito. Era aquel mirar humilde de los perros fieles, que todo saben de la ternura y nada de la razón. Ella había franqueado ya el cabo de los treinta años; estaba gruesa y deformada por la maternidad, y tenía aque-la palidez de cera tan frecuente en los que han padecido largos cautiverios sin los besos del sol.

—¿Cuándo vas á ver mi obra?—preguntó el poeta levantándose.

—¡Te la he oído leer tantas veces!—repuso ella—. Pero mira, en un día quebrado, entre semana, iría con gusto.

—Yo pediré un vale para el lunes—y sin querer despedirse de los nenes por no despertarlos, besó á su mujer, con un beso que tenía más de afecto fraternal que de amor, y más de hábito que de afecto fraternal, calóse el fieltro, se embozó en la capa y salió.

Juan era vanidoso, ingenuo, soñador y bueno. Un lírico sueño de arte le trajo desde su provincia á Madrid, y en Madrid había vivido muriendo, pero ayuntando rimas sonoras y dejando oír en los cenáculos literarios su verbo, demoleedor implacable de todo lo que consagraba la rutina.

—La juventud debe tener un ideal—exclamaba—y debe ser sincera, violenta, iconoclasta.

Con semejantes teorías, no eran numerosas las colaboraciones y las ganancias, en un medio donde se vive del bombo mutuo, donde el novelista suele ser editor y el autor dramático empresa teatral. Sufrió mucho; pero tejió versos y urdió dramas y comedias, que leía á sus camaradas en el café. Después del éxito de seis sonetos eróticos, en la tertulia de *El Gato Negro*, en un momento de fe y de exaltación romántica, decidió casarse con la novia de sus veinte años sentimentales, y partió á su pueblo para volver con su compañera á Madrid, sin más patrimonio que unos miles de reales, que volaron—la dote de ella—, y su ensoñado porvenir de autor dramático. Y tornó á vagar muchos años por los saloncillos de los teatros, con sus obras, que no todos querían leer y nadie quería estrenar.

Oyó majaderías que rechazó altivamente, consejos, que no siguió, y promesas, que nunca le cumplieron; vió encumbrados á muchos que llegaron después de él y que no soñaban ni amaban el arte; pero duro, voluntarioso é incomprendido, tuvo el heroísmo de perseverar con el ardor de un iluminado y la paciencia de un benedictino, renunciando á la hospitalidad cariñosa que le ofrecían sus suegros en la paz provinciana, donde otros como él, Pérez, Ramírez,

BIBLIOTECA
MADRID

González, sin inquietudes ni vigili-
as, medraban por la recomendación,
la intriga y el apañío, cobrando
unos miles de reales en el Ayunta-
miento, el Juzgado ó el periódico.
El, no; él había luchado, había
vivido una vida intensa, toda erizada
de pequeñas desesperaciones cotidia-
nas, toda florecida de esperanzas
eternas, y había estrenado al fin
en Madrid y el éxito había corona-
do su esfuerzo. ¡Ah, con qué desde-
ñosa piedad se sonreía ahora de
Ramírez, de González y de Pérez,
futuros caciques sin poesía y sin
ideal, que engordaban á la sombra
en la alameda del pueblo, donde
la gracia campesina y tosca de las
señoritas cursis y los vales dulz-
ones de la murga dominguera, eran
todo el regalo de sus ojos, ciegos
á la belleza, y de sus oídos, sordos
á la armonía. No; él era de otra
casta, de otra materia, de otro
espíritu, y pensando así, ébrio de
orgullo, recordó la ovación intermi-
nable, las enhorabuenas, el abra-
zo cariñosísimo del primer actor,
y la frase de Montero: «todo llega,
joven, todo llega; hay que trabajar».
Y él había vencido; él era, desde
hacía veinticuatro horas, un autor
aplaudido; el éxito se repetiría en
la segunda representación, y ansioso
de saborearlo, apresuró el paso.

El aspecto de la calle por donde
transitaba muy poca gente, puso
por un momento una idea triste
en su esperanza. La lluvia, lenta,
monótona, repiqueteaba sobre los
tejados, sobre los cristales, sobre
las piedras. En medio del arroyo,
en los desniveles del piso, unos
charcos cuya superficie brillante y
tersa, rompían las patas de algún
caballo y las ruedas de algún
coche. En la gris uniformidad del
ambiente, sobre la humedad obscura
de las aceras, sólo los faroles
dejaban la alegría de su luz.

—Mal tiempo hace— pensó—
¿No habrá un lleno como anoche?

El poeta fué viendo al pasar,
los cafés llenos de gente. Las
luces quebraban el haz de sus
rayos en el rojo y el ambar de los
vinos y los camareros iban y
venían envueltos en el humo de
las cafeteras y de los cigarros.
De las bocas de los albañales
salía un vaho cálido y maloliente,
á relieves de pitanzas, á salsas,
á aguas de fregar. La ciudad
terminaba de comer. De una torre
lejana partieron nueve campanadas,
amplias, isócronas, como poniendo
nueve sombras sonoras en el
profundo azul.

—Es temprano aún— pensó—
toda esta gente irá á aplaudirme,
y vuelto al optimismo, acariciando
la realidad de su triunfo, llegó
por fin al teatro.

El portero le saludó sin descubrirse.

—¿Hay gente, Pedro?

—Poca, señor.

En el escenario vió toda la
noche unas caras muy largas que
no le sonreían.

El primer actor le dijo muy
nervioso:

—Nada, chico, no vienen,
ya no sé qué hacer.

El empresario fué más brutal.

—Sábado, y no hay doscientas
pesetas, ¿eh? ¡Véngase usted con
literaturas ahora! Le escupió casi
á la cara, cruzándose de brazos
y sacando el vientre donde lucían
la cadena y los dijes.

Al final del segundo acto,
se oyeron unos aplausos y la
llamada clásica: ¡El autor, el autor!

—¡Son pocos pero agradecidos!—
exclamó el galán—, y casi á la
fuerza le sacó á escena.

—¡Bravo, bravo!—le dijeron
unas pocas voces compasivas—,
mientras

los alabarderos batían friamente
á compás, sus palmas de mercenarios.

En la sala del teatro casi vacío,
el blanco de las molduras, artesona-
dos y antepechos, tuvo para el
poeta una lividez de catástrofe.
Aquellos aplausos que partían
débiles de pequeños grupos
aislados, no podían tener para
el poeta calor de entusiasmo ni
de sinceridad. En el patio de
butacas desolado, bajo la bóveda
del techo, todo sonaba á hueco,
y de la colmada copa de su
corazón rebotaba su amargura.
Al caer el telón por última vez,
vió al bombero de servicio
dormido en la primera caja.
Aquel sueño valía toda una
crítica severa. Luego en el
pasillo, en la tablilla de ensayos,
leyó:

A LAS TRES: GENERAL CON TODO.

La conquista del teniente.

Se iba á estrenar un *vaudeville*
francés, traducido en sabia
colaboración por siete maestros
del retruécano.

El poeta entró en su casa
cauteloso como un malhechor.

En el pasillo resonaba la
respiración inocente de unos
niños dormidos. Miró á la
alcobita; los cinco nenes, en
una sola cama, apretujados
unos contra otros, y por el
suelo unos zapatitos viejos,
sucios, deformados. En su
habitación, la pobre compañera
dormía con el último chico
en los brazos. Sobre la negra
cabeletera, esparcida en la
almohada, blanqueaban las
canas prematuras de aquella
mujer sin juventud, que se
había marchitado triste, lejos
de sus

padres, lejos de su pueblo natal,
esperando el triunfo de su poeta.

Juan se miró al espejo, y se vió
mal vestido, pálido, macilento,
viejo ya, con sus cuarenta años
inútiles. Y miró su mirada; miró
con sus ojos tristes, los tristes
ojos que le miraban desde el
cristal, y se sonrió á sí mismo,
con desdeñosa compasión. Hasta
entonces no había tenido conciencia
de lo efímero de una vida que no
fué de provecho ni para él ni
para sus semejantes; hasta
entonces no comprendió toda la
infamia que había en el egoísmo
y la vanidad con que sacrificaba
á su pobre mujer y á aquellas
seis criaturas. Y se le antojó
la de escribir versos y comedias,
tarea poco digna para un hombre
serio, cosa de pasa tiempo,
de romanticismo y de mocedad.
El, acaso no llegaría nunca,
y... aun en el caso de llegar...
¿Para qué? «Todo llega...»
—repetió, recordando la frase
de Montero, el inédito de
cincuenta años, «todo llega»,
y también la muerte, agregó,
y pareció entonces que llegar
era sinónimo de dolor. Llegar,
era decir, esperanza colmada,
dulce promesa que tornase
desencantada realidad. ¡Dolor!
Dolor de llegar, en el mejor de
los casos, al triunfo, al éxito,
al poder, á todo lo que se
escala penosamente para
descansar muriendo en el
desengaño de la cumbre; dolor
de la responsabilidad; dolor
de las obligaciones para con
quienes encumbraron al
encumbrado; dolor de alcanzar
siempre el valor atribuido para
no perderlo; dolor del falso
reposo y del término inútil;
dolor de ser algo, mucho,
sin la halagadora espera de
ser más.

Y recordó con envidia á
Rodríguez, á González y á Pérez,
que allá, en su provincia, por
no soñar, ni ascender, ignoraban
en la vasta quietud de la llanura
la opresión desesperante de la
montaña.

¡Ah, paz, bendecida paz del
que no quiere llegar! ¡Santa,
humilde y noble labor de hormiga
sin el hueco cantar de la cigarra!
¡Suave y monótono sucederse de
los días sin la triste inquietud
de la ambición!

—¿Qué tienes, Juan? ¿Por qué
no te acuestas? ¿Te pasa algo?—
inquirió la mujer desde su lecho.

La vanidad, lo más fuerte en
él, que hasta en eso era poeta,
le obligó á mentir.

—Nada, he retirado mi obra,
me peleé con la empresa; pero
no te apures, voy á llevar á otro
teatro, al mejor, á la Compañía
de Fernando y María, aquella
comedia que planeé anteayer.
Voy á empezarla ahora mismo.

—¡Ahora, Juan!...

—¿Te molesta la luz?

En aquella santa mujer la
resignación era ya un hábito.

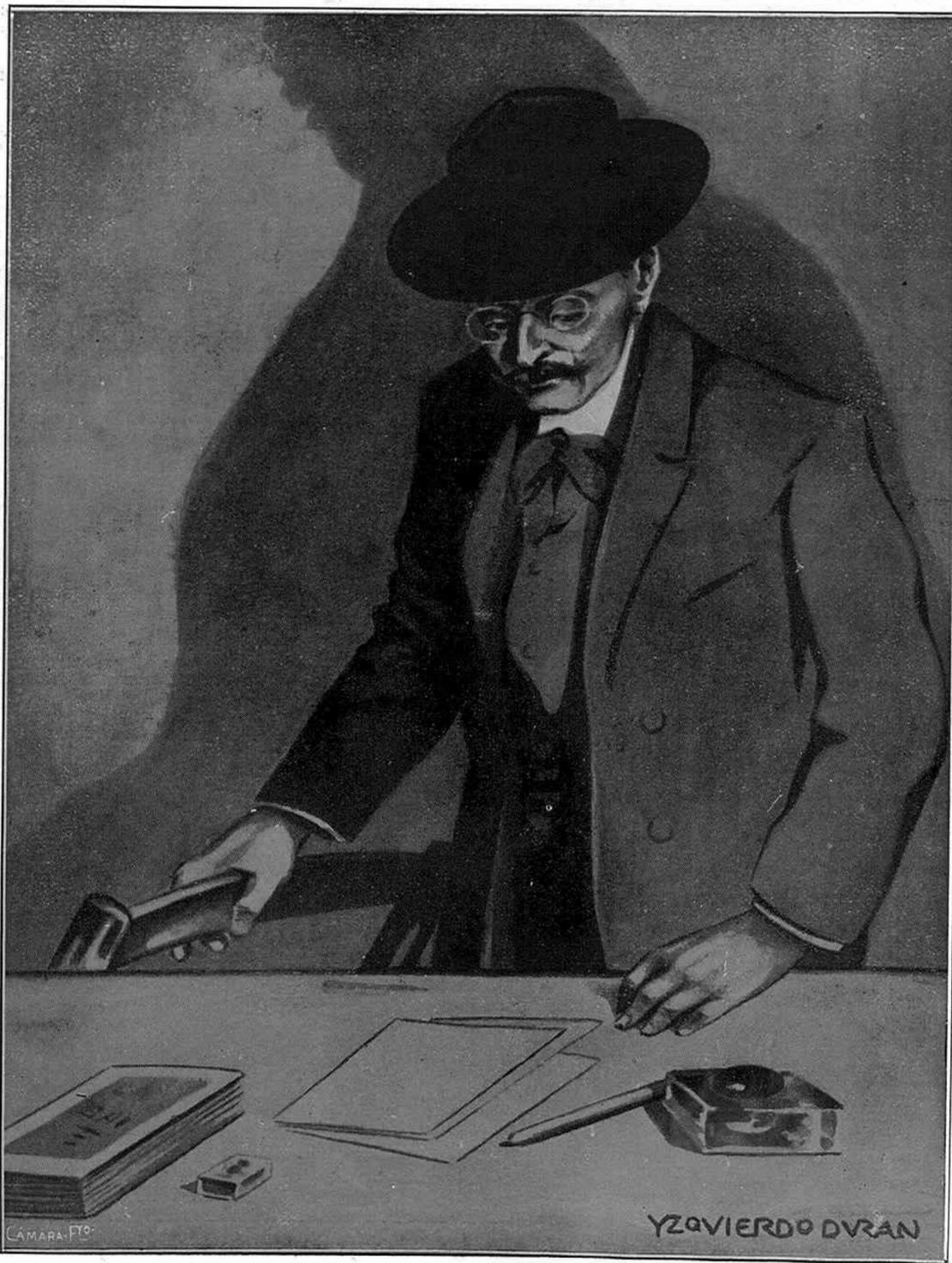
—No, me vuelvo del otro lado;
pero no trabajes mucho no te
haga daño.

Y como Juan, que tuvo buen
sentido un instante, era demasiado
español para no creer que tenía
en la cabeza una gran obra
teatral, y era demasiado Quijote
para poder vivir sin su locura,
se sentó ante la mesa y empezó
á escribir, con la misma fe de
siempre, estas palabras:

«Acto primero. Un salón.
Puertas al foro y dos laterales.
A la derecha, primer término...»

FELIPE SASSONE

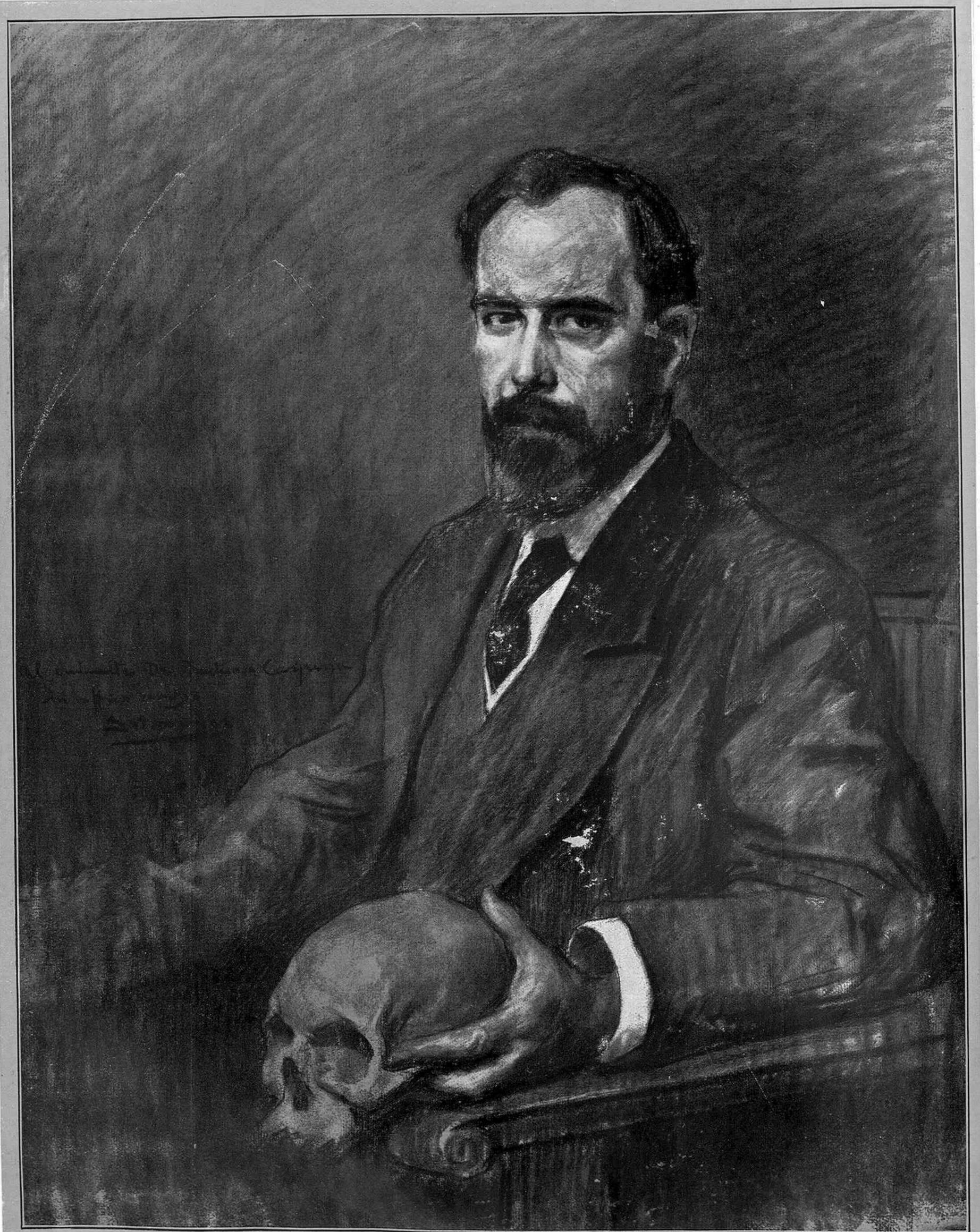
DIBUJOS DE IZQUIERDO DURÁN



CÁMARA FOTO

IZQUIERDO DURAN

LA ESFERA
PRESTIGIOS ESPAÑOLES



DR. D. FRUCTUOSO CARPENA
Eminente antropólogo, director del Instituto Criminológico Español

RETRATO AL LÁPIZ POR SOTOMAYOR



ANTROPÓFAGOS Y HECHICEROS

LA OBRA DE CARPENA



Indio aymará en las ruinas de Tiahuanaco (Bolivia)

HACE pocos días encontró usted, querido lector, en el periódico que á diario le entretiene, la noticia de que varios médicos y abogados habían festejado con un banquete el éxito obtenido por Carpena en su expedición científica al Sur de América.

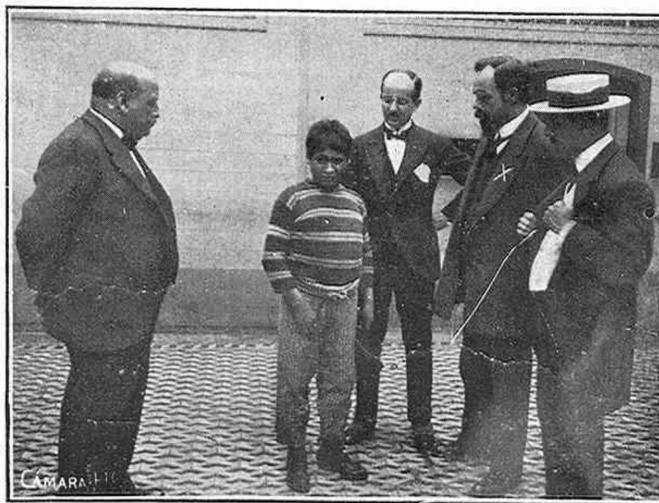
No le dé á usted rubor confesarlo. Ante aquellas líneas quedóse un poco perplejo y quiso hacer memoria... Carpena..., Carpena... Sí, ciertamente debería de ser un sabio, puesto que su expedición había sido científica y puesto que al regresar le recibían unos cuantos amigos con la copa de *champagne* en alto; pero á usted aquel apellido no le sonaba. Acaso fuera el mismo que antaño diera una conferencia en el Ateneo; acaso el autor de un libro que usted no había tenido curiosidad por leer ni incentivo para comprar... Acaso no fuera ni ateneísta, ni autor, ni sabio. Y si lo era, ya se encargaría la Fama de clavetearle á usted aquel nombre en la memoria. Y doblando el periódico, buscó otras líneas de más ameno entretenimiento.

Igual le ocurrió á usted con el nombre de Cajal. Fué preciso que en el extranjero le resonaran para que aquí lo escuchásemos. Y así, Dorado Montero, y así, Torres Quevedo, y así tantos otros. Y seguirá ocurriendo, y usted, ciudadano español, al que se acusa de ignorancia, no tiene la menor culpa de ello, porque no son las muchedumbres las que deben indagar y discernir dónde están y quiénes son los obreros de la Ciencia. Seguirá ocurriendo, porque el Estado español, flor y fruto de la política, es por vitanda naturaleza anticientífico y antipedagógico. Para nuestra política es más fundamental encontrar un cacique hábil en la última aldea que un sabio en su laboratorio. Y usted, ciudadano, cree y cree bien, que el Estado, por medio de sus academias, de sus universidades y de su Ministerio de Instrucción pública, es el que debe seguir la labor de los que estudian y enaltecerla y premiarla, sin esperar á que nos la descubran en las revistas y en las universidades extranjeras.

El caso de Carpena es este. Hace años comenzó sus estudios de Antropología criminal. No era esta una ciencia nueva en el mundo, como no lo era la Biología cuando Cajal comenzó sus investigaciones. En España misma repercutían los es-

tudios de Lombroso y sus discípulos. La publicación de *L'uomo delinquente* puso de moda estos estudios que con menos aparato de vulgarización realizaban ya Stumpf, en Berlín; Wundt, en Leipzig; Claparede, en Ginebra, y otros médicos en los Estados Unidos. Pero una ciencia experimental como ésta, y tan varia y tan compleja, y entonces tan embrionaria, no podía estudiarse en los libros sino rutinariamente. Era un mundo inmenso—nada más inmenso que el espíritu humano—, del que no se conocían más que las lindes fronterizas con la ciencia anterior. Y era preciso buscar el documento humano y estudiarlo, caso por caso, sumando numerosos análisis para encontrar síntesis que revelaran los hechos ciertos e indiscutibles que habían de ser principios fundamentales de la ciencia nueva.

Este documento humano estaba en las cárceles, presidios y galeras; estaba en los prostíbulos del hampa; escondíase á las miradas del investigador en los recelos y perfidias que engendran en él su condición triste y el régimen duro á que vive sometido. Practica la mentira por temperamento, por hábito, por educación y por instinto de defensa. Para los creyentes de la escuela positivista italiana, que veían á la Naturaleza confesarse en los estigmas físicos de la de-



Un indio antropófago recluido en la cárcel de Lima (Perú)

generación, en las anomalías orgánicas, este aspecto moral é intelectual del delincuente carecía de importancia. Pero, además, conocíamos á través de aquellos estudios extranjeros al criminal italiano, al francés, al alemán, al yanqui, hombres de otras razas, delinquiendo en ambientes muy distintos al nuestro, pero no conocíamos antropológicamente al criminal español.

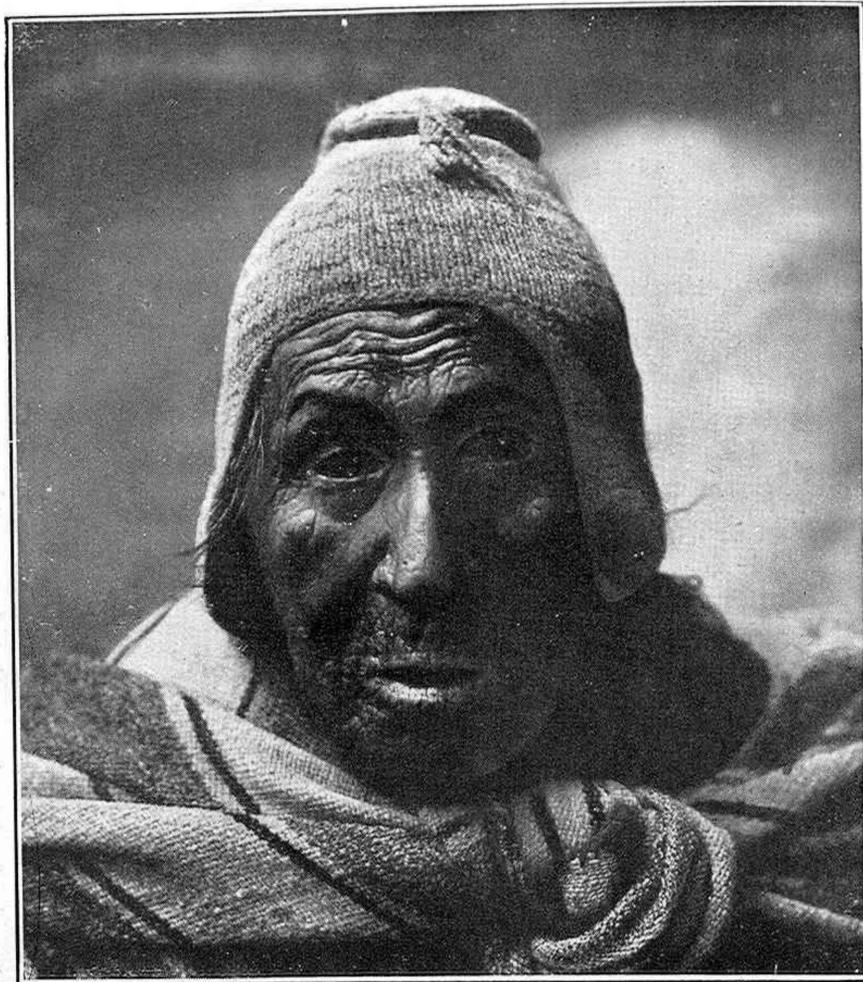
Un ministro de Gracia y Justicia autorizó á Carpena para buscar los documentos que deseaba estudiar en esas dolientes clínicas humanas que se llaman cárceles. Y este hombre de voluntad, sin medios de fortuna, sin sueldo, sin subvenciones, emprendió su larga peregrinación por las penitenciarías de España. Al cabo de ella, con el fruto de esta labor, publicó su obra *Antropología criminal*. Sometidas las observaciones á un intenso trabajo de laboratorio, surgía en ella la doctrina nueva, la de una orientación profundamente psicológica; y ya en este punto de partida, psicológica experimental. Por misteriosa que sea el alma humana, partiendo de la Antropometría, la Fisiología y de la Patología misma, la indagación tenaz y sabia puede llegar á escrutar sus desfallecimientos y sus aberraciones.

Este libro de Carpena, apenas notado en España, fué detenidamente estudiado en el extranjero. Un profesor de la Universidad de Chicago, John H. Wigmore, recogió su doctrina en la revista del *American Institute of criminal law and criminology*. El sabio antropólogo alemán Arthur Posnansky, que es un gran hispanista, tradujo y editó algunos estudios de Carpena. Muchas revistas extranjeras incluyeron á este español entre sus colaboradores, dándole con ello medios de vida independiente. Y en España, aparte los especialistas como Salillas, Cadalso y algunos otros, no sabíamos una palabra de ello.

Continuó con más amplitud sus estudios, encendió en la fe de la nueva ciencia á sus amigos, con ellos fundó el Instituto Criminológico español, publicó el tomo primero de sus *Archivos*, organizó un curso de especialidades para el que se utilizó el local de la Academia de Jurisprudencia, y en esta labor le sorprendió la petición de un diplomático, del doctor Salinas Vega, embajador de Bolivia en Berlín, encargado por su Go-



India aymará, de la Paz (Bolivia)



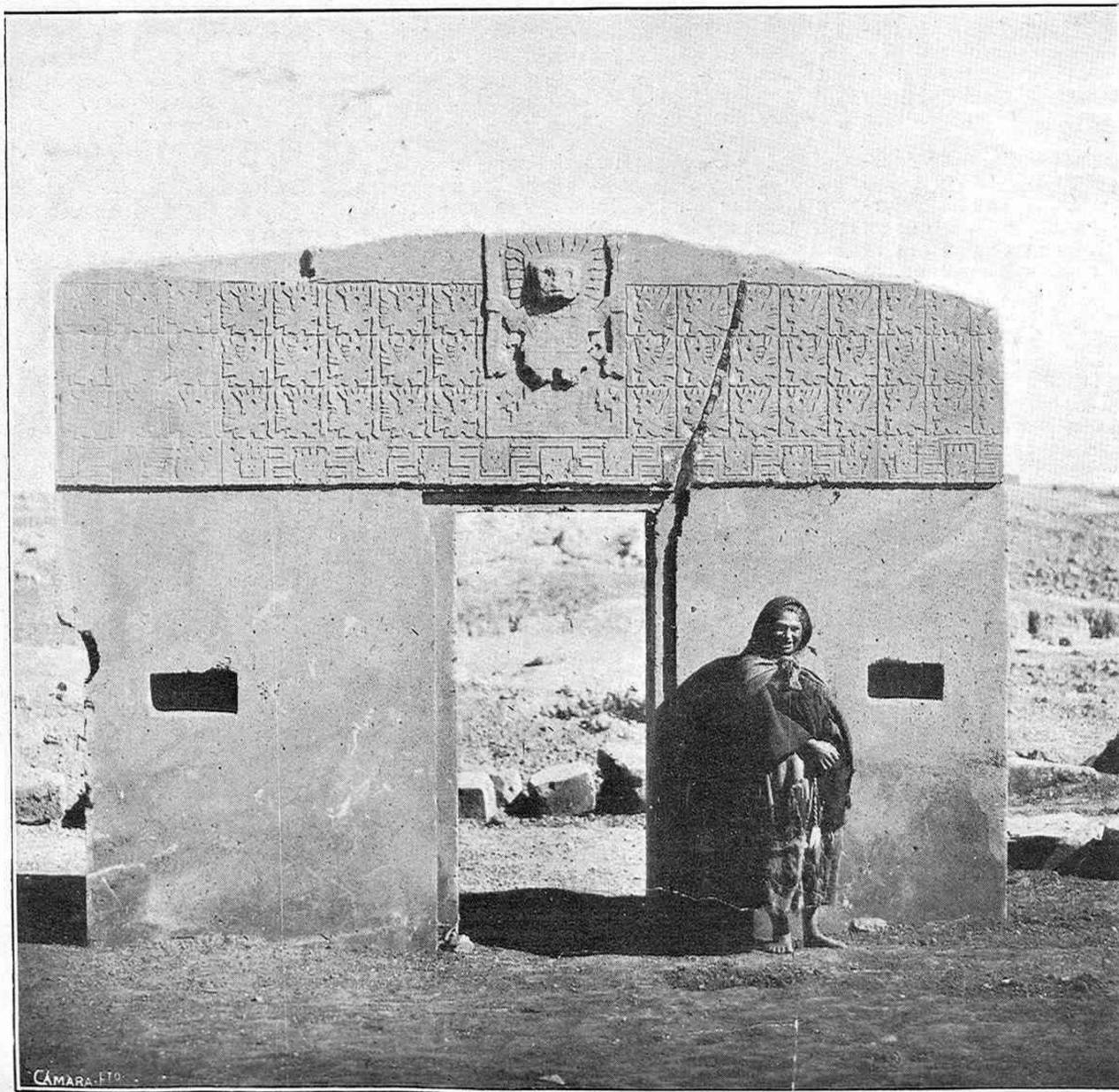
Indio aymará, de ciento veinticinco años

bierno de conseguir que Carpena fuese á aquella república para estudiar la criminalidad en las razas indias que aún subsisten en los Andes. Fuera preciso disponer de más páginas en LA ESFERA, para que pudiéramos dar idea de cómo en aquellas razas, que parecen estratificadas en edades primarias, ha encontrado Carpena venenos admirables de observación y de estudio que vienen á comprobar las teorías del atavismo y del salto atrás.

No hay enigma humano semejante al de ese jovencuelo antropófago que en la cárcel es humilde y trabajador, que tiene para sus carceleros la docilidad de un perro, que es inteligente y tiene ideas religiosas, que parece bueno y que, sin embargo, en unión de otros jóvenes asesinó á una niña y se dieron el festín de sus carnes tiernas. Los brujos y los hechiceros han proporcionado á Carpena numerosos documentos en los que se mezclan infantilidades pueriles y crueldades trágicas. La gestación de la tendencia al mal y á la delincuencia en los mestizos, ya estudiada en Cuba, aporta hechos y pruebas nuevos. La influencia á través de las generaciones de la deformación del cere-

bro en los antepasados, realizada por presión exterior, viene ahora á enriquecer este maravilloso arsenal de observaciones que,

comparadas y sistematizadas en el laboratorio, comprobarán teorías y sustentarán doctrinas. Tal ha sido la labor realizada por Carpena en el Sus de América. Las universidades de La Plata, de Valparaíso y de Montevideo, que conocían á nuestro sabio por sus obras, le obligaron á dar en sus paraninfos cursos de Antropología criminal, reconociéndose hoy en todo el mundo científico que en esos estudios España está al mismo nivel de Italia, Alemania y los Estados Unidos. Y esta obra gigantesca, que no grava en un céntimo el presupuesto nacional, es, lector mío, lo que han celebrado con un banquete los que conocen á Carpena y aprecian la valía de su labor de sabio... ¡De sabio, cuyo nombre —no te avergüences de confesarlo, que españoles somos todos y todos somos culpables de ello—, no te sonaba, cuando leiste en el periódico que distrae tus ocios, la breve noticia de que le habíamos recibido alzando en su honor unas copas de champagne!...



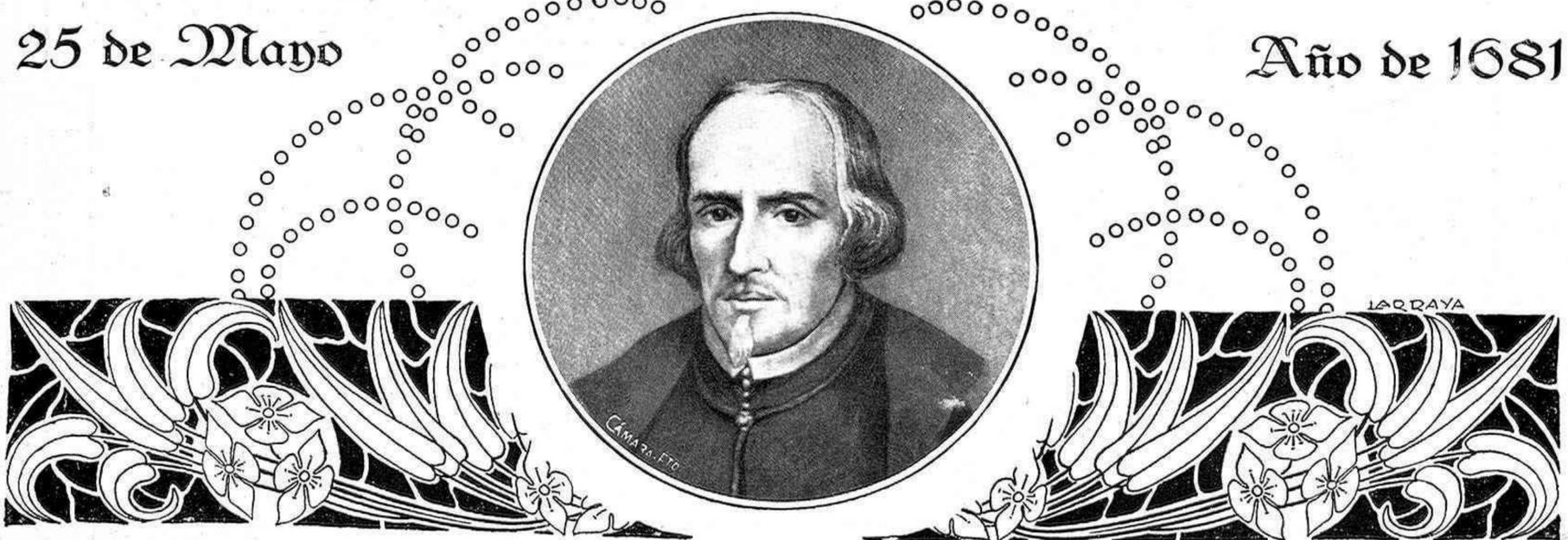
La Puerta del Sol del Templo de Tiwanaco (Bolivia)

DIONISIO PÉREZ

Una fecha memorable en las letras castellanas

25 de Mayo

Año de 1681



D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

AHORA, por este tiempo en que todo es sol y flores y la color alegre del cielo parece que en lo recóndito se refleja, feneció con sosegada muerte el más claro ingenio del teatro hispano, aquel clérigo Don Pedro, que esparció por todo el orbe la grandeza de su numen y las galas de la inspiración.

Nació con el siglo, y si no se fué con él como la casa de Austria, bien hasta las lindes del postigo le hizo compañía, que no más de diecinueve años faltaban para que entrara, levantisca, anodina y necia la décimo-octava centuria.

Y bien puede creerse que fué esta desventura un verdadero luto nacional, aunque no lloráranle pueblo y musas de circunstancias tanto como la de aquel otro maravilloso capellán Frey Lope Félix de Vega Carpio...

Con el Sr. Don Pedro Calderón de la Barca Henao Barreda y Riaño, fuese á la mansión de la inmortalidad aquel oro puro que embelleciera dos centurias y diera tantos bienaventurados y venerables á la corte de Apolo.

Puede decirse (por lo menos en el teatro) que los servidores que restaban todos eran de escaleras abajo, tierra baldía y seca sobre la que poco después había de florecer como cardo la escena española alentada con aires del Pirineo.

Fué Dios servido de poner finis á aquella hidalga y portentosa vida, y quedó Talía toda llorosa y sin amparo.

El nuevo é imbécil monarca, no sacó de su padre el amor al teatro, ni aun á la vida, y la corte de los poetas transformóse de allí adelante, en galera de vagos, cámara de favoritos, guarida de intrigantes, y escuela de fanatismos.

ooo

Ya había tiempo que aquella privilegiada humanidad de Don Pedro, andaba muy acabada y llena de achaques, y esto no tanto por lo avanzado de la edad, como por el lastre de los procelosos días vividos; una caída, fué quien vino á cortar aquel vivir glorioso.

En persona de algunos años menos ciertamente que no hubiere tenido importancia; en Don Pedro degeneró en una parálisis parcial, que fué recta y segura senda para el sepulcro.

Vió como la *huesuda* entrábasele á más andar por las puertas, y con todo rango, como es bien que lo haga todo cristiano que fía en Dios, y ve que se le esfuman las cosas temporales, dispúsose á recibirla.

Atendió primero á dejar los asuntos en claro, como dicen las gentes ordenadas. Llamó al escribano Juan de Burgos y otorgó testamento el 20 de Mayo de 1681, cinco días antes de asistir á la diestra de Dios padre.

Cierto que es curioso el tal documento, y si hubiere lugar yo hiciera aquí traslado dél en su mayor parte.

Por dicho papel alcánzanse á ver dos cosas, una, cómo mi señor Don Pedro no era nada flaco de memoria ni desagradecido, y otra cómo vivía holgadamente; cuatro criados atendían á su menester.

Reclinado en amplio sillón, y teniendo enfrente al escribano, dictaba Don Pedro sus últimas disposiciones, y no parecía sino que era cada una, línea del resumen de su vida pasada.

Trató en el primer folio de su entierro y según la severidad y sencillez con que dispuso que fuera ejecutada la cristiana ceremonia, dijérase que pugnaba por acallar con este silencio los vítores y lauros con que los grandes y los plebeyos habíanle premiado las flores de su ingenio.

Trató de las mandas, y en dejar por mayor he-

redera á la Congregación de Sacerdotes Naturales de Madrid, y el gran número de misas en sufragio y para bien y descanso de su ánima, representáronsele sin duda, sus capítulos galantes y levantiscos y su vida de soldado.

Trató de legados y propinas y acordóse de los viejos y fieles servidores que habían sido testigos de su íntimo vivir y máquinas vivientes de su voluntad...

Fuéle luego á ver el Licenciado Juan Mateo Lozano, párroco de la Iglesia de San Miguel, y díjole que habiéndole nombrado albacea, moriase tranquilo sabiendo cómo había de cumplir puntualmente todos los puntos de su testamento.

Hallábase por el entonces entreteniendo las horas de dolor con escribir un auto sacramental, para que acabara en la pluma de otro poeta, cuyo nombre aunque bien le tengo sabido no se me acuerda á este punto.

ooo

En fin el 25 de Mayo, domingo de la Pascua de Pentecostés, siendo las doce y media del día, fué servido Dios de llevarle de el alma. Murió con la tranquilidad del justo. Según la frase vulgar, como un pajarito.

Con él según dije, murió el teatro de la *Edad de Oro*.

Fué durante la vida que consagró al sacerdocio (importante suceso acaecido en Toledo por los años de 1651) un ejemplarísimo eclesiástico y jamás como Lope tornó á mezclarse en negocios ni devaneos mundanos.

Su misa, sus comedias (y estas por orden del Rey) y su olla, fueron sus cuidados.

ooo

Al día siguiente verificóse el entierro. Iba el cuerpo del ilustre autor de *El Alcalde de Zalamea*, vestido con los hábitos sacerdotales bajo los que llevaba el tosco sayal de San Francisco.

Por colcha mortuoria valfale el hábito capitular de Santiago.

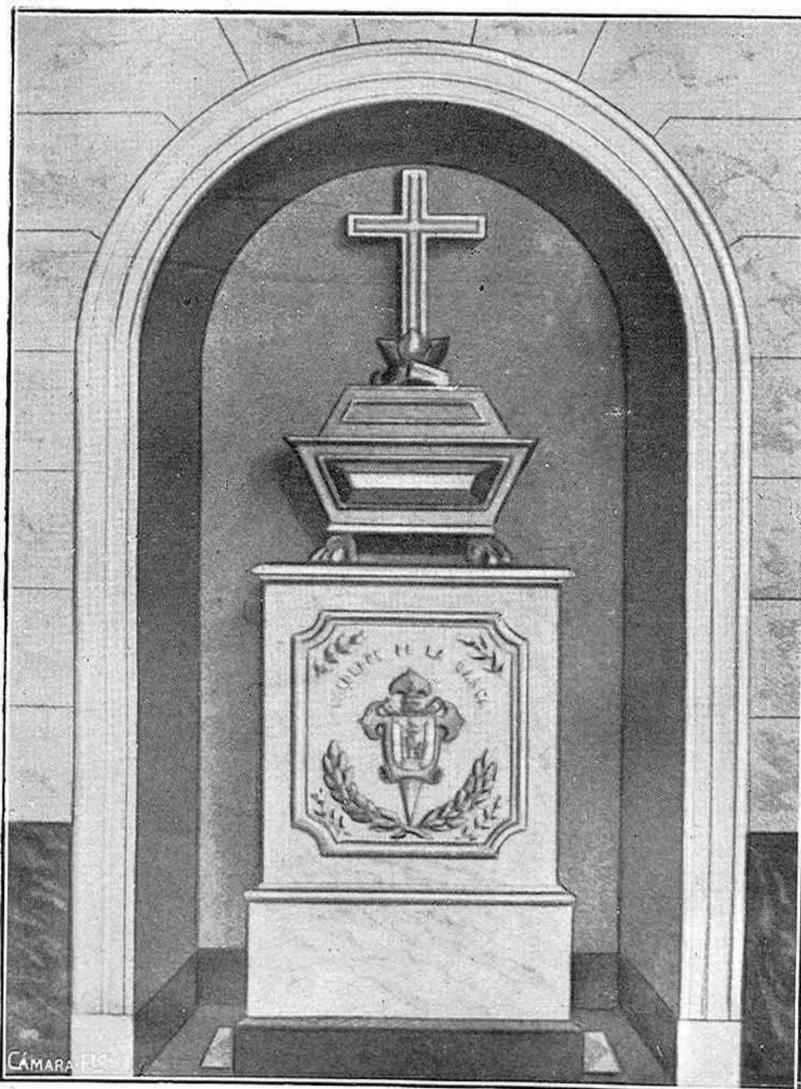
Eran el acompañamiento según la postrera voluntad del difunto, doce religiosos de la Venerable Orden Tercera, doce sacerdotes de la Congregación, con cruz alzada, doce niños de la Doctrina y doce de los Desamparados.

Llegó la triste comitiva al templo del Salvador y cantada que fué la vigilia por el coro de capellanes, dióse sepultura al cuerpo en la bóveda de San José...

ooo

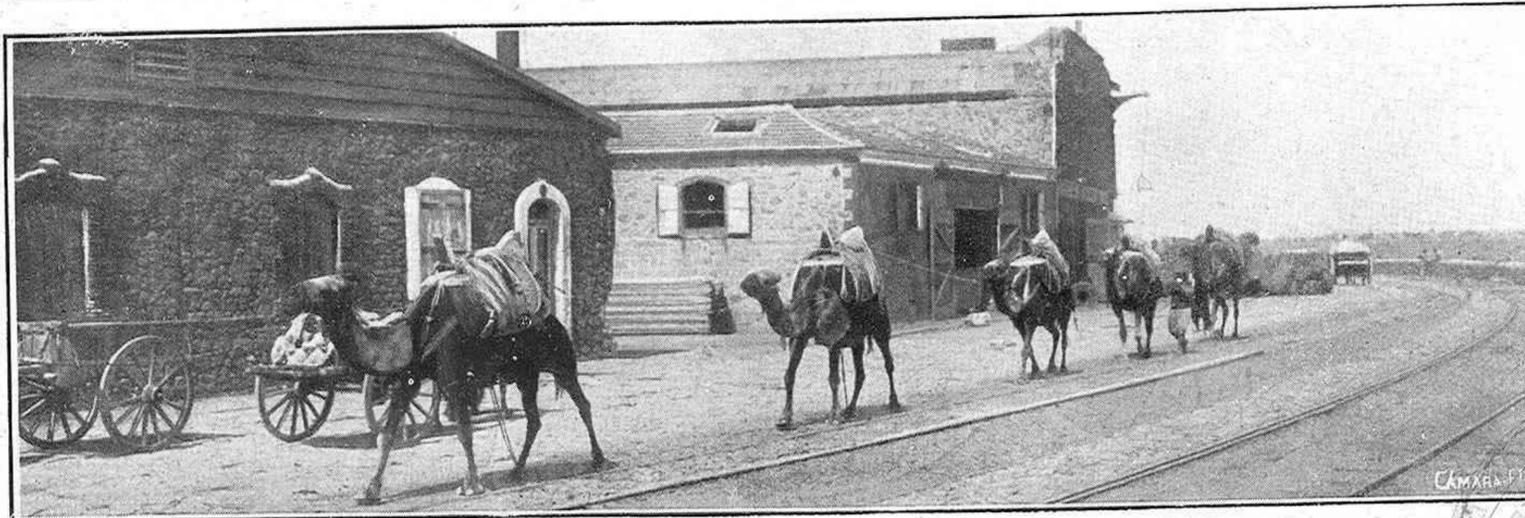
Hartas moradas han corrido tan gloriosos restos luego de la demolición de aquella Iglesia, y á la postre hay duda de que los que guarda la Congregación de Sacerdotes matritenses, no hayan sido nunca los del venerable capellán Don Pedro Calderón de la Barca, Henao, Barreda y Riaño...

DIEGO SAN JOSÉ



Sepulcro de D. Pedro Calderón de la Barca en la iglesia de San Salvador

PAISAJES DE LA GUERRA
LAS PARADOJAS DE ESMIRNA

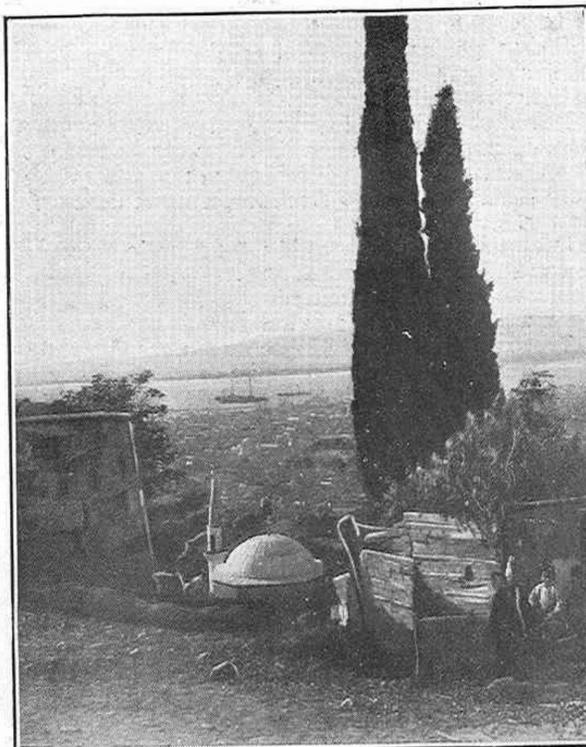


Caravana de camellos en la estación de Esmirna

Hay en el mundo unas cuantas ciudades predestinadas por su situación geográfica, á padecer los horrores de todas las guerras. Una de ellas es Esmirna. Si no fuese un poco aburrido recordar las viejas historias, yo contaría las innumerables trapatistas de que ha sido víctima la pobre ciudad, desde muchos siglos antes de que Jesucristo recorriera los cercanos eriales de Judea.

Cuatro ó cinco veces—la duda en estas cifras puede resolverla el lector, consultando cualquier enciclopedia—fué destruída y arrasada. Antes de César y después de César Augusto, no hubo lidiador de pueblos, romano ó griego, bizantino ó persa, que no descargara sus iras sobre la linda ciudad. Y ya en tiempos más cercanos á los nuestros, un día la conquistan los Caballeros Hospitalarios, otro los marinos de la República de Venecia, más tarde unos soldados del Papa la convierten en feudo pontificio, la hacen helena los griegos, la truecan en turca los otomanos y por si fuese esto poco, el gran Tamerlán de Persia la cerca, la rinde y la destruye, no dejando piedra sobre piedra. Esmirna, como el fénix simbólico, resucita después de cada desastre, más grande, más bella, más original.

Cuando no fué la ira de los hombres, designios providenciales castigaron á la pobre Esmirna, de no se sabe qué tremendos pecados. Muchas veces el terremoto la ha estremecido y el incendio la ha arrasado, como á Sodoma y á Gomorra. En el último especialmente, en el siglo



Esmirna y su bahía, vista desde el monte Pagus

pasado, en 1845, se quemaron en una sola noche más de cuatro mil casas. La inmensa hoguera doró con sus resplandores el Mar Egeo, desde las ruinas de Troya hasta las de Rodas, las muertas ciudades que tienen su origen en los misteriosos confines, donde acaba la Mitología y empieza la Historia.

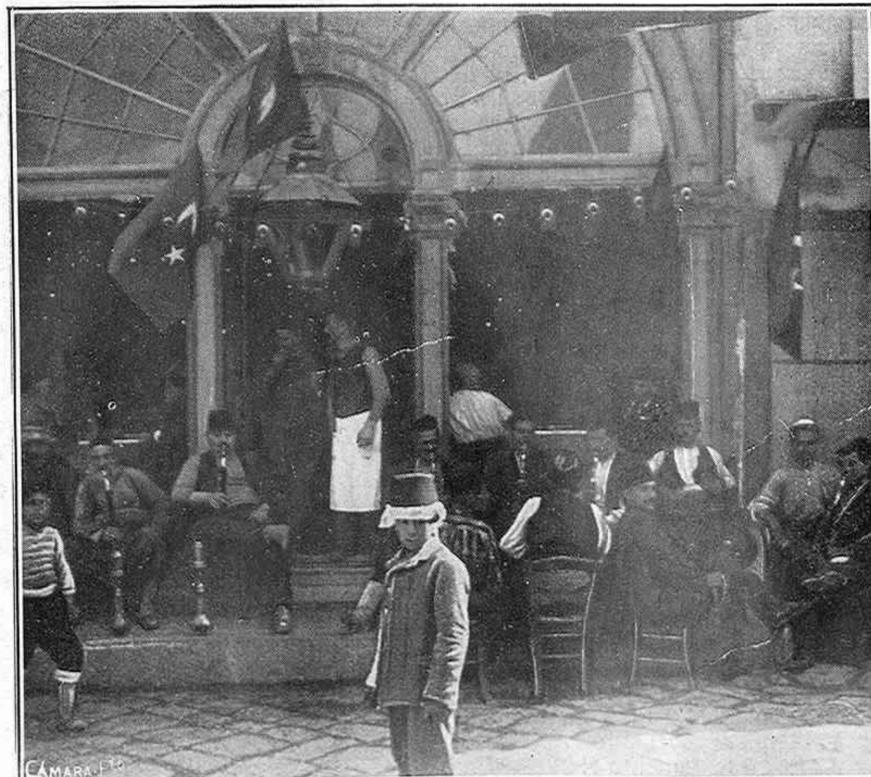
Pero no es de esta Esmirna de la que yo quiero hablaros, sino de la que yo he visto, de la que existe ahora, de la que han bombardeado estos pasados días las escuadras francesa é inglesa, sin lograr apoderarse de ella. No hay ciudad española con que compararla. Se parece un poco á Vigo, si Vigo estuviera, no en el borde de una ría, sino en el fondo de una bahía veinte veces mayor que la de Cádiz, cerrada enfrente de la ciudad por una península montañosa, y embellecida la planicie del agua por los promontorios, de cinco islas, todo verdor, una de las cuales es tan grande como la isla Cabrera, en nuestras Baleares.

Así, puede imaginársela bien quien conozca estos lugares de España. Soñad una vertiente de montaña que desciende oblicuamente hasta el mar; poned en esta ladera una ciudad cuatro veces mayor que Vigo, adornadla en la parte baja con hoteles á la europea, rodeados de jardines y con grandes casas modernas, y en la parte alta con minaretes turquescos, cimborrios de mezquitas y las ruinas de una vieja fortaleza, y contemplaréis á Esmirna, vista desde el mar.

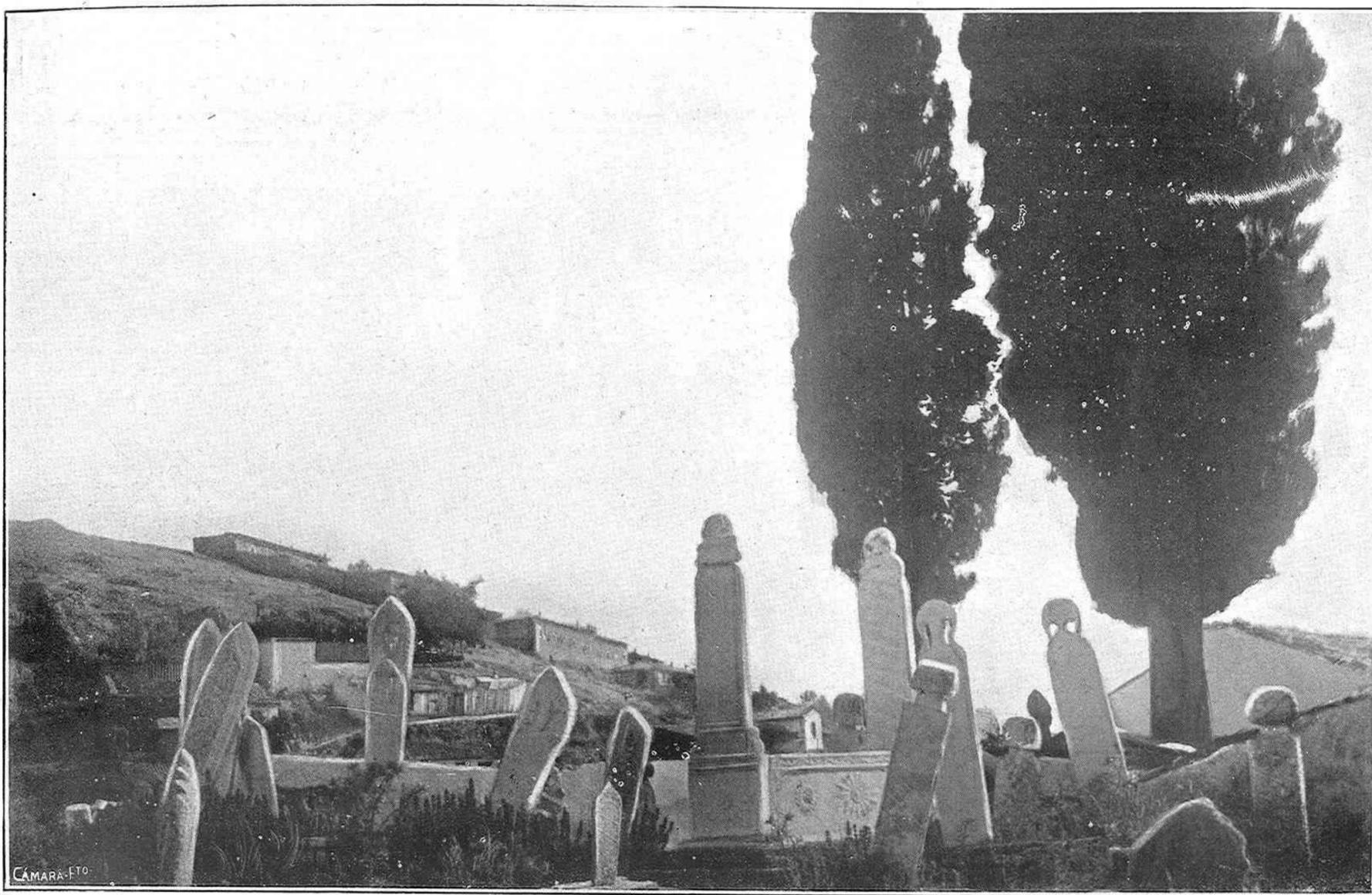
Es alegre, varia y pintoresca como todas las



Calle de Esmirna, donde están las tiendas de turcos y judíos



Café turco en Esmirna



Cementerio musulmán de Esmirna

ciudades de este rincón del Mar Egeo, donde se mezclan y confunden la religión, las costumbres, los negocios, toda la vida de tres continentes: Europa, Asia y Africa. Pero, además de ser tan alegre, tan variada, tan pintoresca como Constantinopla, como el Cairo, como Puerto Said, como Beirut, como Damasco, como todas ellas juntas, es admirablemente paradójica.

Para juzgar de estas paradojas, bueno es saber que la ciudad está dividida en dos partes; mejor sería decir que son ciudades distintas. En la parte alta, la ciudad turca, con su natural mezcla de judíos; abajo, en derredor del puerto y en las lindes de la playa, la ciudad europea, extraño mundo de negociantes y de turistas, de espías, viajeros y truchimanes, de cómicos, danzarinas y aventureras, en el que se mezclan los tipos más extraños; todos los pueblos de Europa y aun algunos de América y de Australia, tienen allí representación. Y en plena Asia Menor, en pleno imperio otomano, en plena tiranía y barbarie orientales, esta población europea de Esmirna es libre, autónoma, independiente; constituye una especie de república federal, donde cada colonia es dueña absoluta de sí misma, bajo la jefatura del cónsul de su nación.

—Yo soy el ciudadano más libre que hay en el mundo—me decía un nicaragüense que encontré en Esmirna, el único nicaragüense que allí había.— Soy cónsul de mí mismo; mi único jefe y mi único vasallo en esta ciudad bendita, donde el cónsul tiene la misma autoridad que el Sultán.

Así, Esmirna, es algo más que una ciudad internacionalizada; es una federación de colonias extranjeras, y la libertad es

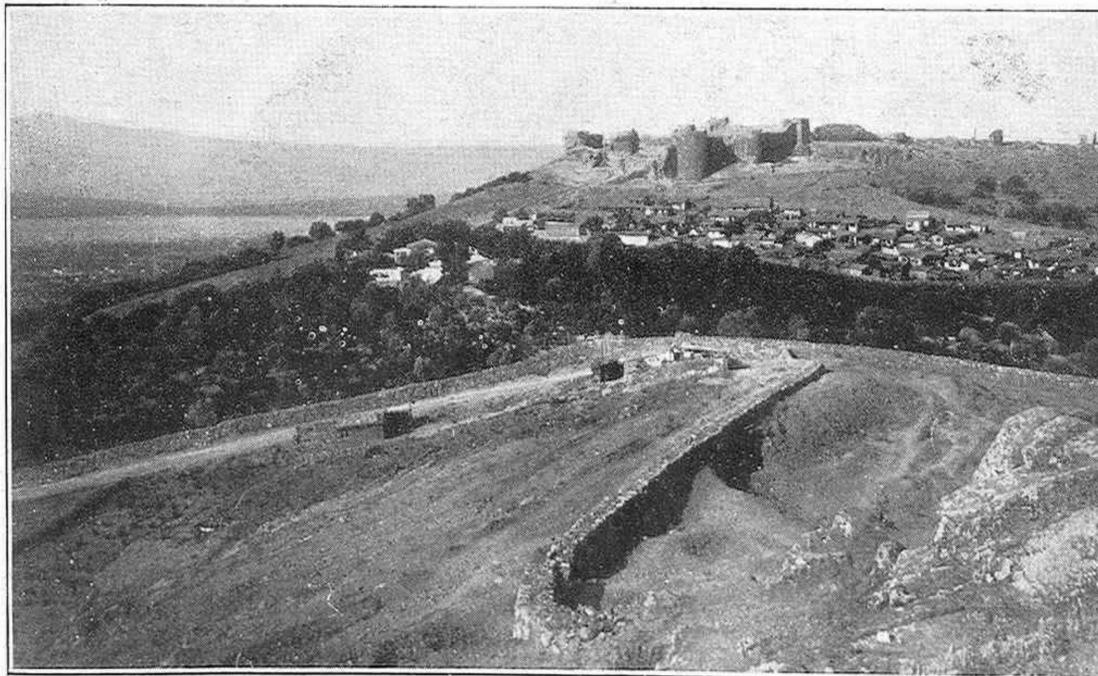
tanta y tales las garantías de independencia, que hay allí truchimanes y aventureros que se mudan de colonia, esto es, de nacionalidad, como aquí en Madrid se muda uno de piso.

El tráfico del puerto es una nueva paradoja. Llegan afanosamente los buques, descargan las mercancías apresuradamente, y cargan las que hay sobre los muelles destinadas á Europa y á América, como si trasportarlas corriera mucha prisa. En el puerto todo es bullicio, ruido, tráfico incesante, vocerío en veinte idiomas, pero allí mismo, junto á aquel movimiento vertiginoso están las caravanas de camellos, con los ojos entornados, el belfo rumiante... Ellos en lentas jornadas, han traído de Persia, de Siria, de Palestina, de Afganistán, estas cargas de seda, algodón, lana, cera, higos, opio y esponjas, y ellos, en lentas jornadas, desparramarán por el interior de Asia los productos industriales que

Europa envía. En aquel muelle acaba la inquietud europea, y comienza la impasibilidad y la lentitud orientales.

Subiendo á la ciudad otomana, entre estos callejones de misterio y de sombra, donde resuena el eco de las voces del *muezzin*, encontramos otra paradoja. Entramos en la vía comercial de musulmanes y judíos. Es una calle algo más ancha que las demás. Las tiendas tienen una sola puerta, cortada por el mostrador, de modo que el cliente queda en la acera; son tenderetes ruines, con algunos anuncios en los quicios y dinteles, con algunas banderolas en los balcones; en el fondo obscuro de los tenduchos veis al comerciante, moro ó hebreo, dormitando. ¿Qué miserables baratijas venderán en estos antros? Golpeáis en el mostrador. El tendero acude lentamente y os habla en una rara jerga, donde se confunden palabras de todos los idiomas, acompañadas de una mímica expresiva. Y he aquí ya sus mercaderías sobre el mostrador... Es como un cuento de hadas. Es como si un mago fuera arrancando con su varita torrentes de luz, de aquel antro sombrío... Y os retiráis, palpando vuestros bolsillos, temerosos de que se os queden exhaustos...

¡Y todo este mundo misterioso, bello, admirable, se ha estremecido estos días bajo los zambombazos de los cañones ingleses y franceses! ¡Todo este mundo ha podido ser derruido, incendiado, arrasado como en tiempos anteriores á Jesucristo, como cuando temblaba el Oriente entero ante las iras del Gran Tamerlán de Persia! ¡Oh, sin duda, la Humanidad está loca!



Ruinas de las antiguas fortalezas de Esmirna dominando la ciudad

FOTS. HIELSCHER

MÍNIMO ESPAÑOL

POR EL BIEN DE ESPAÑA

EL PUERTO DE PASAJES



Un pintoresco aspecto de la barriada de pescadores de Pasajes, visto desde el puerto

UNA excursión á Pasajes es quizá el mayor de los atractivos con que brinda al forastero la vida veraniega de San Sebastián.

Por lo bello del panorama, feracísimo como todos los de aquellos alrededores, agreste y pintoresco, por lo extraño de su caserío, que parece trepar por la montaña ó descender de ella hasta el mismo borde del mar, en cuyas ondas tranquilas se refleja con todos los destellos de sus líneas, de sus balconajes corridos de tosco barandal, de sus cornisas avanzadas, preservadoras de las lluvias y, sobre todo, por el encanto indecible que ofrece á la vista aquel conjunto en que la Naturaleza parece que quiso reunir todos sus atractivos y la mano del hombre antójasese que procuró realzar la obra dando á las viviendas el carácter sencillo y rústico que corresponde á aquella belleza primitiva y apacible, es la villa citada una de las que más recrean los ojos y el espíritu del viajero y de las que más eficazmente han de servirle para dar á su ánimo y á sus pulmones la expansión y la calma de que les priva la existencia bulliciosa de la ciudad.

No bien se llega al puerto y se contempla el panorama, experimentase una sensación deliciosa de sosiego y de bienestar. Aquellas viejas casas brindan descanso, como el agua tranquila en que se reflejan invita á un delicioso paseo á bordo de una de aquellas lanchas que se mecen apaciblemente en las orillas. Si se acepta la invitación y se desembarca en el lado opuesto y

se sube á la villa, que parece trepar por la montaña, y se recorren sus calles tortuosas, sombrías, en las que de vez en cuando aparecen, entre los pétreos muros de las casas, angostas aberturas por las que se divisa el luminoso cuadro del mar, el encanto y la sorpresa serán mayores, porque á cada momento irá alejándose del espíritu la idea del poblado moderno con su agitación y su trajín, é ira enseñoreándose de él la impresión de olvido y de abandono de una vieja villa de pescadores, lejana del ciudadano laberinto é ignorante del progreso, de la comodidad y del lujo de la gran urbe.

Entre aquellos caserones fronteros al mar al-

gunos se destacan por su amplitud y por lo vistoso de su aspecto. Los escudos señoriales labrados en la piedra sobre el portalón de algunos de ellos, los enrejados de sus ventanas y los adornos de las cornisas y los aleros bien elocuentemente hablan de la noble estirpe de los que fueron sus propietarios. Muchos se encuentran ruinosos y las grietas y los resquicios de sus muros sirven de albergue á la hiedra y al jaramago.

De vez en vez una tapia que defiende un jardín se corta bruscamente para marcar la entrada á una calle que sube en empinada cuesta estableciendo la comunicación con otra cuyo suelo se encuentra tres ó cuatro metros más alto que el de la que pisa el observador en aquel momento. Como la población sube por la montaña, hay en las calles paralelas desniveles inverosímiles, cuevas y recodos de agreste y rústica belleza que parecen una rebelión al dominio del hombre, algo que pudo librarse de su poder tiránico y avasallador.

En la penumbra de un túnel, cuya bóveda sustentadora de algunas viviendas establece la comunicación con la otra parte de la villa, que de otra suerte quedaría aislada, recórtase el cuadro luminoso del muelle, que dibuja el macizo de su orilla sobre las aguas verdosas en que la luz del sol marca cabrillos deslumbradores.

Los palos y el cordaje de un barco, ó la panza de los lanchones, que un poco más allá reposan en la arena, marcan sus



Un bello rincón del puerto de Pasajes



enérgicas líneas sobre aquel fondo de intensa luz que atrae la vista por su brillantez y por su encanto.

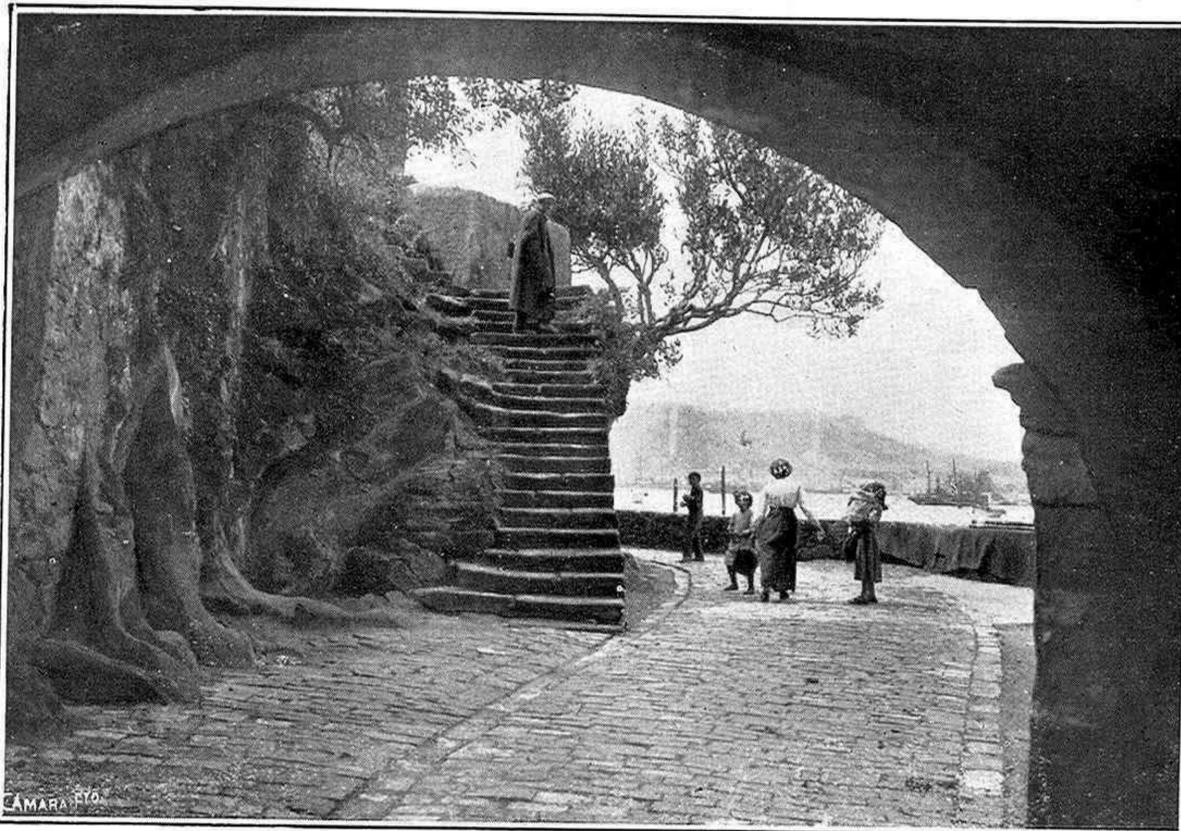
ooo

Entre las viejas casas señoriales y las rústicas viviendas de los pescadores que hemos podido ver en los dos Pasajes, el de San Juan y el de San Pedro, ha quedado en nuestra memoria, sobre todas, la que se denomina de Víctor Hugo, no por su belleza ni por su lujo arquitectónico, sino por lo que dice á la imaginación el hecho de que en ella viviera el gran novelista, pensador y poeta de allende el Pirineo.

Quizá entre aquellos rústicos muros, sobre una tosca mesa, trazó el literato insigne algunas de las páginas inmortales de sus libros; tal vez contemplando aquel panorama de belleza grandiosa, respirando las emanaciones de aquel mar, observando los tipos y las costumbres de aquellas rudas gentes, surgieron en su imaginación algunos de los pasajes de sus obras. La casa está allí como una verdadera reliquia y debe ser conservada como un santuario.

ooo

El puerto de Pasajes, que fué el mejor refugio de los buques que navegaban por aguas del Cantábrico, y del que aseguran los que de estas cosas entienden que por sus excepcionales condiciones debiera ser considerado como el mejor



Arco llamado de "Los Gentiles" en Pasajes de San Juan

puerto militar de España, ha ido poco á poco desmereciendo, lo mismo que la villa, á causa del abandono en que se dejan estas cosas en nuestra nación por ignorancia y por desidia.

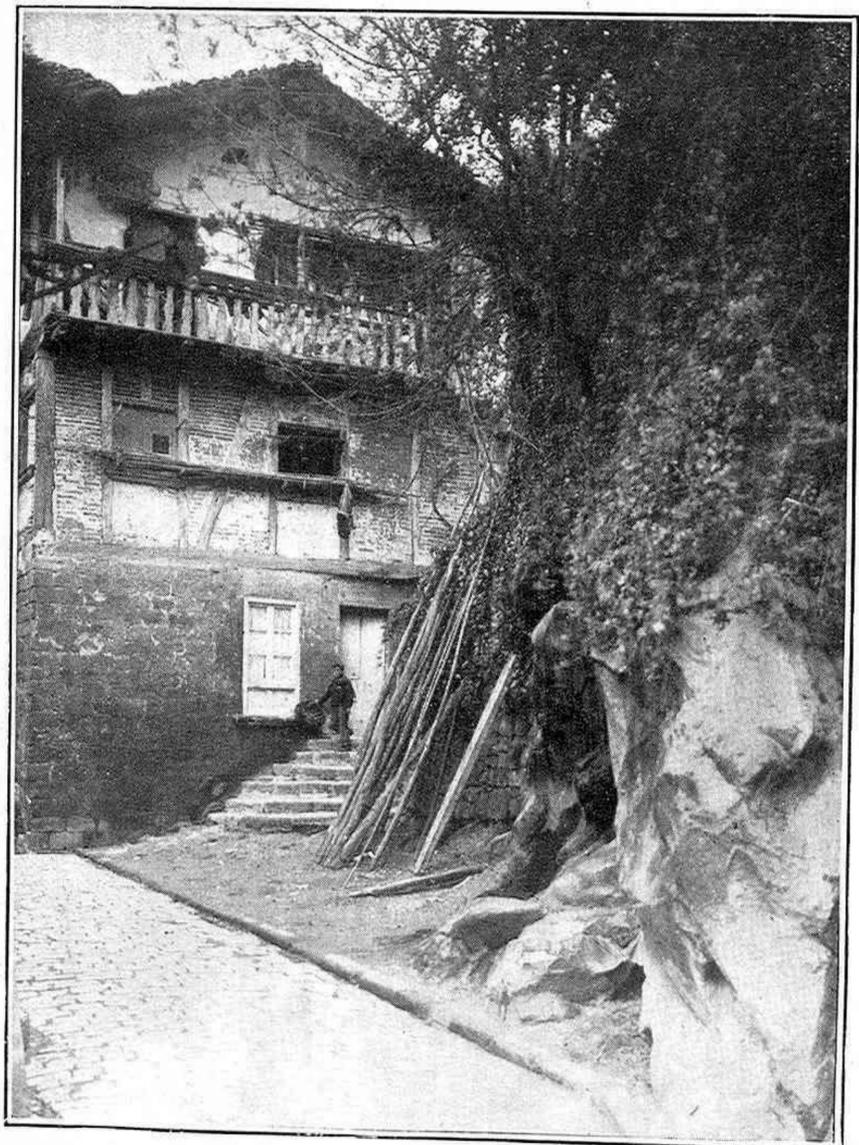
Los aluviones y los constantes acarrees del Oyarzún han ido cegándolo. Toda la parte interna y las orillas del canal de entrada han sido invadidas por la lama en tales términos, que á baja mar de mareas vivas se queda en seco una parte de él hasta cerca de las casas, y es de tal espesor la masa de fango depositada en la cuenca del puerto, que en distintas calas que se han hecho no ha podido llegarse al fondo sólido

jes, á la vez que el mejor puerto de refugio de la costa cantábrica, el de más adecuadas condiciones para el tráfico marítimo de aquella importante región, está por emprenderse con la decisión y los medios indispensables para que resulte práctica y definitiva. Ya que por la escasez de medios de que puede disponer la Diputación Provincial no es posible esperar que se lleve á cabo esta importante mejora del puerto de Pasajes, debiera el Estado tomar carta en el asunto para resolverlo con la premura que el interés nacional demanda.

JUAN BALAGUER



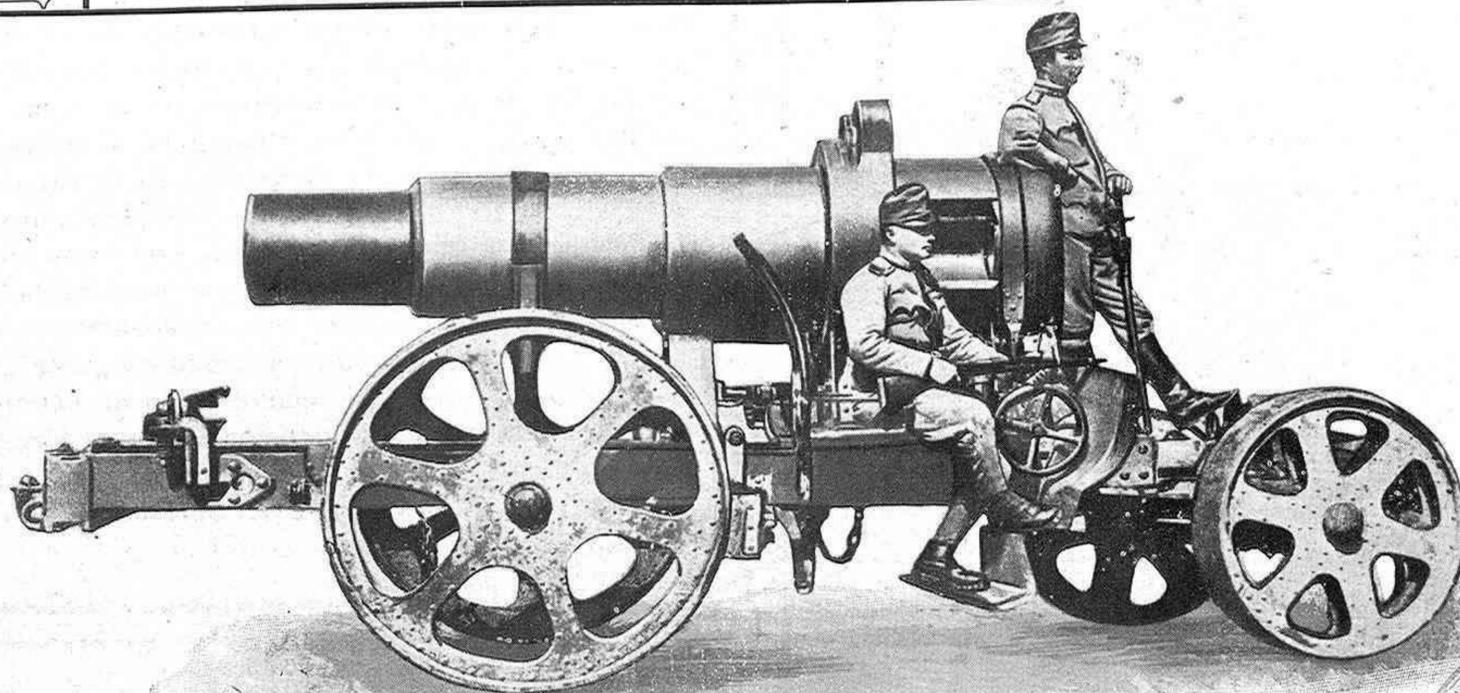
Casas de pescadores en Pasajes de San Pedro



Un bello rincón de Pasajes de San Pedro

FOTS. LECHONA

LOS CAÑONES GIGANTES MORTERO AUSTRIACO DE 30,5 CENTÍMETROS

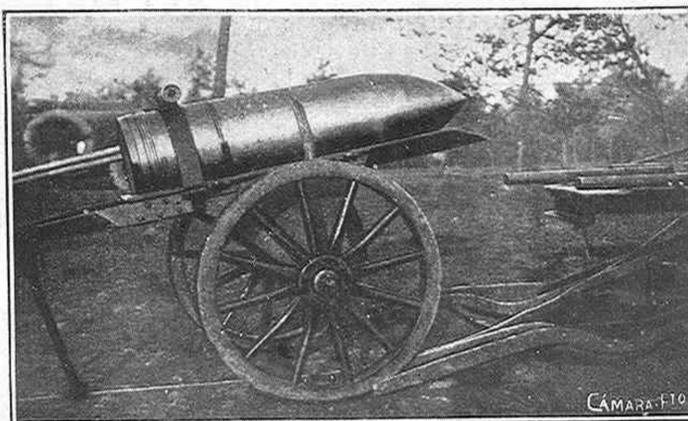


Mortero austriaco, Skoda, en tren de marcha

EN los albores de esta ruda pelea, el éxito destructor del terrible 42, le proclamó rey de los cañones; nada se resistía á sus hecatómbicos disparos, la potencia explosiva de sus enormes proyectiles, el acierto eficaz de su puntería lejana, bastaron para derribar fortalezas tenidas hasta entonces por inexpugnables, y su presencia era signo de victoria y su sólo anuncio seguridad de triunfo. Del 42 se forjó una leyenda; en él todo era secreto y él se sobraba para finalizar la campaña. Su voz era temida. No reconocía rival y nada se oponía á su avance.

Estos morteros gigantes fracasaron siempre en el curso de la historia artillera; el mortero francés *Comminge* de 50 centímetros, que disparaba bombas de 255 kilogramos; se empleó con escaso éxito en los sitios de Mons, Taerbach y Tournay en los siglos XVII y XVIII; el mortero belga del coronel Paixhan de 60 centímetros, lanzaba bombas de 587 kilogramos y también fracasó en el sitio de Amberes en 1832, durante la guerra de la independencia belga; el mortero inglés de Palmerstor que al cuarto disparo se inutilizó; el mortero veneciano de 46 centímetros y tantos otros, sólo fueron ensayos inútiles que hicieron abandonar la idea de los grandes calibres, hasta que los germanos pusieron en escena ese mortero titánico y misterioso que apagó sus mortíferos fuegos en los comienzos del invierno, y aun calla y concibe.

Mas dejando á un lado la maravilla balística que los alemanes conocen con el burlesco nombre de *Doña Berta*, ninguna pieza terrestre llega en precisión, alcance y eficacia á los morteros Skoda de 30,5. Realizan estas baterías un ideal sólo logrado por ellas, el de la movilidad de las grandes piezas, para emplazar-



Proyectil para los morteros austriacos de 30,5 centímetros

las donde sean precisos sus disparos. La pieza va montada en una cuna que se mueve en los brancales de la cureña. En la cuna van los cilindros de freno, y en la parte inferior el aparato recuperador que vuelve al cañón á su posición

primitiva, después de efectuado el disparo. A la cureña va unida la disposición para la carga, con dos estribos para los sirvientes y entre los estribos, la palanca que soporta la teja receptora del proyectil, esta palanca se levanta á brazo y tiene dos grandes resortes que la colocan junto á la recámara del mortero. Un atacador introduce en aquella el proyectil. El cartucho que se coloca á mano, es de latón, que en el disparo obtura por presión las paredes del ánima.

El disparo se efectúa valiéndose de un tirafreitor que suelta el resorte.

Bastan cuarenta ó cincuenta minutos para el montaje y emplazamiento en batería de esta pieza. El transporte por carretera se hace por medio de tres carruajes automóviles, uno para la cuna, otro para la cureña y otro para la pieza. Sirven cada mortero nueve hombres, de los cuales uno efectúa la puntería en altura, otro la puntería en dirección, y otro dispara. El ruido del disparo es un poco mayor que el de los cañones ordinarios, sin que llegue á causar molestias excesivas en los artilleros que sirven la pieza. Pesa el proyectil

oijval 380 kilogramos, puede dispararse con un ángulo de 75 grados, alcanzando una altura máxima de 4.000 metros en su trayectoria. De aquí que el efecto destructor del proyectil, aparte su enorme fuerza explosiva, sea tremendo.

Material excelente construido en Pilsen, por la casa Skoda, auxilió con terrible eficacia al 42 en los sitios de Namur, Maubeuge, Lille, Camps de Romaines y Amberes, contribuyó á la desesperada defensa de Przemyls, y fué actor decidido en las luchas del Dunajec y del Nida.

Titánico el mortero Skoda arrasa, horada la tierra y siembra desolación y pánico.



Mortero austriaco, Skoda, de 30,5, en posición de disparo

CAPITÁN FONTIBRE



CÁMARA FOTO



Festival en la Plaza de Toros

El domingo, 6 del próximo, á las diez de la mañana, se verificará en la Plaza de Toros de Madrid un festival de convite, organizado por los empleados de Coches-Camas en Madrid, en honor de los compañeros que pelean por su patria. Se lidiarán cuatro becerros erales; habrá su correspondiente «Don Tancredo». Distinguidos ciclistas perseguirán y cazarán gallos en bicicleta. Las bellísimas hijas de los Excmos. Sres. Marqueses de Santo Domingo y de Monteagudo se han dignado patrocinar esta fiesta, prestándose á presidirla, asesoradas por nuestro compañero Angel Caa-maño. Dadas las simpatías con que cuentan los empleados de Coches-Camas, no es aventurado asegurar que toda la aristocracia madrileña se reunirá en nuestro circo taurino el domingo próximo. La Comisión organizadora ruega, por nuestro conducto, á cuantas familias no hayan recibido invitación, pasen á recogerla á las oficinas de la Compañía, Alfonso XI, 2.

Ferrocarril de Madrid á Cáceres y Portugal

Con objeto de facilitar al público la asistencia á las fiestas que durante los días 28 al 31 del actual habrán de celebrarse en Cáceres, la Compañía de Ferrocarriles del Oeste de España ha acordado establecer un servicio especial de trenes, de cómodo horario y precios reducidísimos.

Los billetes serán de ida y vuelta, y la tarificación, horario y estaciones del trayecto puede verse en los carteles que ha colocado la Compañía en sus despachos y estaciones.

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerentes: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. ORTIGOSA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 693)

PAGOS ADELANTADOS

Dirijanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica :::: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 963 ::::

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)
HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

JABÓN FLORES DEL CAMPO



—Dime qué jabón gastas, te diré quién eres.

—Los que usan “Flores del Campo” se acreditan de buen gusto.